

CRISTIANDAD

Año XXVI - N.º 455

BARCELONA

ENERO 1969

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



SUMARIO

EDITORIAL

J. M.ª M. G.

RADIOMENSAJE NAVIDEÑO
DE PAULO VI.

TESTAMENTO

DEL PADRE PIULACHS

José Ricart Torrens, Pbro.

AL P. PIULACHS

Dolores Serrano de Mayoralgo

¿HACIA UNA RELIGION
SIN DIOS?

José M.ª Petit Sullá

EL SEGUNDO MARTIRIO

Carlos A. Callejo

ASAMBLEA NACIONAL
DEL A. DE LA O. - CRISTO REY
Y EL APOSTOLADO DE LA
ORACION

Carlos Mas de Xaxars Gassó

HOLANDA: «EL HOMBRE ES
MORALMENTE AUTONOMO»
DESARROLLO DE LA TEOLOGIA
DEL SAGRADO CORAZON

Casimiro Puig, S. I.

LIBERTAD CIENTIFICA Y
OBEDIENCIA CRISTIANA-III

Roberto Cayuela, S. I.

LA TRADUCCION DEL CANON
ROMANO DE LA MISA

(Continuación)

Antonio Udina Martorell, S. I.

1917 EN LA TEOLOGIA
DE LA HISTORIA XIII
RUSIA: EL IMPERIO PSEUDO
TEOLOGICO

Luis Creus Vidal

ADMINISTRACIÓN:

Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Director: Fernando Serrano Misas

Tiempos de angustia, tiempos de esperanza

Día vendrá, con el sosiego que permite el estudio de los hechos pasados, en que nuestra época será vista con perspectiva histórica. Sabrán entonces, quienes lo vean, cómo era nuestra historia, nuestra literatura, nuestra economía, nuestra religión. Mejor aún, podrán decir si todas estas nuestras manifestaciones fueron mejores, iguales o peores que las de otras épocas. ¿Qué adjetivo merecerán estos tiempos? La división hecha por nosotros, de antiguo a contemporáneo acaba aquí y hay que hallar otras salidas. Es muy posible que arraigue el calificativo de era atómica pero ello supondría la misma falta de imaginación que han demostrado los historiadores hasta ahora. Allá los sabios con su perspectiva y sus clasificaciones. Porque también nosotros vivimos y vemos y palpamos la realidad de cada día.

Estamos en los tiempos del engaño y de la contradicción. Sacerdotes de Cristo que no predicán a Cristo; maestros que no enseñan; estudiantes que no estudian; padres que no educan; hijos que no obedecen; gobernantes que no mandan salvo en todo aquello que no merece ser mandado; cristianos que no tienen fe, esperanza ni caridad. Tiempos de sorpresa para quienes tengan todavía la gracia de la capacidad de sorpresa.

Tiempos de conformismo cuando medio mundo vive en el convencimiento de estar en rebeldía contra todo. No sorpresa y sí conformismo ante todo lo que ocurre a nuestro alrededor. Conformes al mal, conformes a la revolución, conformes al vicio, conformes a la ignorancia, conformes al pecado. ¿Rebeldes a qué? ¿A "estructuras anquilosadas y caducas"? Mientras el mundo siga rebelde a la gracia de un Niño que nació en Belén no hay esperanza. Aquí está nuestro anquilosamiento.

Hombres mirando siempre hacia delante, haciendo de la prisa un fin. Y han corrido tanto que ya han rebasado la realidad y la verdad. Ahora les falta la humildad para volver la vista atrás y pensar que quizás en el último rincón de su biblioteca, cubierto de polvo, hay un libro; que en la historia de sus antepasados hay un hombre que tienen mayor "actualidad" que todos los hombres y todos los libros que escuchamos y leemos para estar al día. Tiempos de la paradoja de los progresismos sin progreso. Es exactamente la época de la arquitectura social, o sea, la de la construcción de las viviendas más inhumanas que recuerda la historia.

Tiempos del hombre solo, enfrentado a su angustia, porque ha rehusado la libertad de los hijos de Dios. No hay paz entre las naciones pero tampoco la hay en el interior de los hombres y no vendrá lo primero si cada uno no halla antes la solución a su angustia interior. El hombre se siente como en un inmenso espacio vacío sin querer pensar por qué está en él y sin saber a dónde

se dirige. Es el hombre al arbitrio de todos los vientos, como una veleta en un torbellino.

Y no obstante el mundo sigue su curso y da gloria a Dios. No hay que buscar los males en el mundo, sino en el hombre que ha pervertido el uso de la naturaleza. ¡Qué cómodo echarle a Dios las culpas de los males de nuestra época, de todas las épocas! Y por negar la propia responsabilidad el mundo se llena, cada vez más, de maniqueos, existencialistas y anarquistas que son diversas caras de la misma moneda. Maniqueos tristes cubiertos de alegres flores, viejos amargados de mirada torva, jóvenes que buscan en el holocausto del fuego una purificación imposible.

Y como que la liberación es entrega de sí mismo a un ideal, a una persona, ha llegado también el tiempo de los mesías. Se pregunta en los días de la libertad individual qué es lo que hay que hacer, qué se debe pensar. O si se prefiere, en los tiempos del determinismo se busca desesperadamente una alienación. Hay que ir detrás de una pancarta para que el hombre que pasa sepa cuál es nuestra protesta, nuestra reivindicación, cuando en realidad sin la pancarta nosotros seríamos los primeros en ignorar qué cosa deseamos.

Cuando los hombres pierden la fe en el Mesías tienen que poner la esperanza en un *führer*, sea del cariz que sea. Algunos van a buscarlo a países orientales; los más los encuentran ya prefabricados por la propaganda "occidental". Los jóvenes de hoy, y los viejos a remolque, esperan la salvación del mundo, su salvación, de Marcuse, Mao-Tse-Tung, "Che" Guevara, Camilo Torres, como hace muy pocos años la esperaron de Stalin o de Hitler. Según sean los líderes será la masa y ya tenemos a estos mesías introducidos en la vida pública, en la política, en la economía, en las universidades, y también en las sacristías. ¡Dichoso quien pueda ignorarlos en su propia familia!

Pero precisamente porque son tiempos estos de angustia, el hombre busca la esperanza, "la esperanza en el reino de la tierra, la esperanza en la suficiencia humana". Y éste es, en definitiva, el fracaso del hombre moderno. Pero el mal viene ya de antiguo. El hombre tiene necesidad de un absoluto. No le bastan las vías medias, las medias tintas, las soluciones ambiguas, las inhibiciones, los resultados de una hora. Quienes hayan seguido por estos caminos son los verdaderos responsables del olvido de la ley de Dios. Lo dice el Papa muy cla-

ramente en el mensaje de Navidad del presente año: "Los ojos de algunos jóvenes en especial... han quedado oscurecidos por la falta de la enseñanza de principios absolutos y por la difusión sistemática de la duda y del agnosticismo". Si a ello añadimos la tentación, siempre fuerte, de rechazar todo principio de autoridad, más acusada en los jóvenes, tendremos un cuadro completo de la situación actual.

Los hombres han buscado un Mesías divino. Cuando no han encontrado más que el mesías progresista que difícilmente puede llegar a ser Dios o la doctrina existencial de un Dios que no puede encarnarse, ha preferido soluciones más radicales.

Pero la solución existe y sólo es una. Para encontrarla basta una única premisa: humildad. La que se necesita para admitir que nuestra salvación está en un Niño que ha venido a una cueva de Belén dándonos el primer ejemplo de *obediencia y paz*. Primero fue adorado por unos humildes pastores que nunca tuvieron sabiduría y después por unos sabios que olvidaron en el portal todo su humano saber. Y Jesucristo, nuestro Salvador, viene también por la humildad de una Virgen.

Por ello no salva ni la sabiduría ni la riqueza como no les salvó a los judíos su orgullo de saberse elegidos. Ni salva tampoco el orgullo de ser pobre y humilde. Cristo allana cada Navidad todas las dificultades pero el hombre no tolera ser ayudado por nadie y menos por Dios, y menos por un Dios que se hace hombre.

El orgullo humano seguirá inventando, guerreando, profetizando, planificando, conferenciando. Pero un día vendrá a postrarse ante el Salvador porque ésta es la esperanza de la Iglesia que se renueva cada año al llegar el Adviento. Que toda la humanidad reconozca en Cristo al único Mesías, al único Rey de un cielo nuevo y una nueva tierra (*Ap 21, 1*). Mientras tanto cada hombre hará de su corazón una tierra nueva donde Cristo plante la semilla de la regeneración por su Gracia porque la humanidad hallará su salvación en la pureza de cada uno de sus miembros.

El mensaje de Su Santidad expresa la honda preocupación de la Iglesia por la situación del hombre y, al mismo tiempo, la seguridad de que la única esperanza de redención espiritual y material del género humano está en Cristo, Dios y Hombre, a través de la propia Iglesia.

J. M.^a M. G.

Como puede observar el lector, con este número de enero iniciamos una reforma en nuestra revista. De las 24 páginas hemos pasado a 32. Esperamos que esta reforma no sea la última. Tal como anunciamos en nuestra circular queremos que *CRISTIANIDAD* vaya cada día a más. Pero para ello es imprescindible su colaboración. Basta pensar que si cada uno de ustedes consiguiera una nueva suscripción lograríamos otras grandes mejoras, como hacer la revista quincenal. Sólo necesitamos esto:

CADA LECTOR UNA NUEVA SUSCRIPCION

PUBLICACIONES CRISTIANDAD

BARCELONA (ESPAÑA)

- Revolución y Contrarrevolución**, por el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira Ptas. 25
- Lourdes visto por un médico**, por el Dr. Trino Maciá Pons.
112 págs., tamaño 19 × 13,5 Ptas. 25
- Actualidad de la Idea de Cristo Rey**, por Redactores de "Cristiandad".
144 págs., tamaño 18 × 13 Ptas. 15
- Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón**. Documentos Pontificios. "Annum Sacrum" y "Tametsi futura", de León XIII; "Ubi Arcano", "Quas Primas" y "Misericordissimus Redemptor", de Pío XI, y "Summi Pontificatus", de Pío XII. Prólogo, introducción y notas del P. Hilario Marín, S. I. 446 y 276 páginas, tamaño 18,5 × 14.
Edición latino-castellana Ptas. 45
" castellana " 30
- Emisaria de Cristo Rey**. Vida de Sor María del Divino Corazón, por el Rvdo. Luis Chasle, Pbro. Prólogo del P. Ramón Orlandis, S. I.
306 págs., tamaño 18,5 × 14 Ptas. 30
- Soberanía Social de Jesucristo**, por el P. Enrique Ramière, S. I. Traducida por el Dr. José Morgades y Gili, Obispo de Vich. (Agotado.)
- ¿Sabes desde cuándo...?**, por M. L. Suñé. Con más de 80 ilustraciones de Ignacio M.^a Serra Goday y 4 láminas fuera del texto. Edición a 2 tintas .
116 págs., tamaño 18,5 × 14 Ptas. 21
- La conjura revolucionaria del 14 de abril**, por José Oriol Cuffi Canadell y Pablo López Castellote. Prólogo del Excmo. Sr. Conde de Salces de Ebro. (Agotado.)
- ¿Espiritualidad nueva?**, por el Excmo. y Rvdm. doctor D. Vicente Enrique y Tarancon.
142 págs., tamaño 19 × 13,5 Ptas. 25
- El liberalismo es pecado**, por el Dr. Sardá y Salvany, publicado por "Cristiandad" en colaboración con Ed. Ramón Casals.
145 págs., tamaño 13,5 × 18,5 Ptas. 30
- Anticlericalismo día tras día**, en torno a Aranguren y la autocrítica, por el Rvdo. José Ricart Torrens. Prólogo del Excmo. Sr. Dr. D. José Pont y Gol, Obispo de Segorbe.
142 págs., tamaño 19 × 13,5 Ptas. 25
- Encrucijada**, Jaime Balmes - Carlos Marx, por Fernando de Segarra y de Castellarnau.
142 págs., tamaño 19 × 13,5 Ptas. 25
- La Cruzada de Occidente**, escritos políticos, por Eduardo Conde. Prólogo del P. Ramón Orlandis, S. I.
336 págs., tamaño 18 × 13 Ptas. 50
- ¿Qué es el comunismo?**, traducción del opúsculo publicado en París por el "Comité d'études sociales et doctrinales". (Agotado.)
- Panaya Kapulu**, la casa de la Santísima Virgen en Efeso. (Agotado.)
- Anuario de Documentos Pontificios**, colección de cartas, discursos y exhortaciones y mensajes de S. S. Pío XII. Publicados los años 1952, 1953, 1954 y 1955.
350 págs., con índices completísimos, tamaño 23 × 16.
Ptas. 65
- San Pío X**, por Jerónimo Dal-Gal, O. F. M. Conv. Segunda edición. Dist. Herder.
374 págs., tamaño 24 × 17, ed. rústica Ptas. 120
Encuadrado en tela " 150
- La Escala de los Seres** o el dinamismo de la perfección, por el Dr. Jaime Bofill y Bofill, catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona. (Agotado.)
- Cristianismo y revolución**. Los orígenes románticos del catolicismo de izquierdas, por el Dr. Francisco Canals Vidal. (Agotado.)
- Ramón Orlandis, S. I.** (1873-1958), fundador y director de "Schola Cordis Iesu". Esbozo de su vida y su obra, por redactores de "Cristiandad".
56 págs., con numerosos grabados, tamaño 22 × 28, edición a tres tintas Ptas. 25
- Las esperanzas de la Iglesia**, por el P. Enrique Ramière, S. I., Traducción e introducción por el P. Hilario Marín, S. I.
352 págs., tamaño 24 × 16 Ptas. 120
- Para una fundamentación de la Metafísica**, por D. Francisco Canals Vidal, Catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona.
238 págs., tamaño 19 × 14 Ptas. 75
- Lo que no ha dicho el Concilio**, por el Rdo. José Ricart Torrents, 2.^a edición, 1968.
360 págs., tamaño 21 × 13,5 Ptas. 150

FOLLETOS CRISTIANDAD

- La Iglesia y el Alzamiento Nacional.**
La Unidad Católica de España.
San José en el Evangelio en el Canon y en el Concilio.
Seguridad Doctrinal.
Opción insoslayable: reconquista moral o desbordado libertinaje.
Aspectos fundamentales de la libertad religiosa.
Triunfalismo y Liturgia.
Libertad religiosa según el Concilio.
Tensiones. — Actualidad católica-española.
Lo que usted debe saber sobre la Libertad Religiosa.
Guardaos...
A 5 PTAS. EJEMPLAR
- Los testigos de Jehová.**
La nueva espiritualidad.
A 10 PTAS. EJEMPLAR

PUBLICACIONES CRISTIANDAD

Diputación, 302 - Teléfono 222 24 46

BARCELONA (España)

CRISTIANDAD

Diputación, 302, 2.º, 1.ª
Teléfono 222 24 46
BARCELONA

Sin duda ya conoce usted CRISTIANDAD. O bien es usted suscriptor o nuestra revista le ha sido comentada por sus amigos. Sabe de nuestra absoluta sumisión a la Jerarquía y del nivel científico, a la par elevado y comprensible, con que tratamos los temas que más interesan.

Sin ilusionarnos por modas que siempre resultan pasajeras hemos seguido constantes a nuestro ideario de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y al Reinado Social de Jesucristo, de la Teología de la Historia y de la divulgación del Magisterio perenne de la Iglesia.

Creemos tener un buen motivo para dirigirnos a usted. En el próximo mes de abril vamos a celebrar el 25 aniversario de la publicación de nuestro primer ejemplar. Con tal motivo estamos preparando un número extraordinario de 64 páginas, antológico y programático, al mismo tiempo que de homenaje al P. Orlandis que hizo posible esta obra.

Estos 25 años, unos buenos y otros no tanto, serían suficientes para sentirnos satisfechos pero no queremos que el éxito de haber vivido 25 años nos haga quedar estancados. Al contrario, la proximidad de esta efemérides nos estimula a mejorar.

Nuestro primer paso ha sido aumentar el número de páginas. Hasta ahora veníamos publicando 24 páginas mensuales. En el primer ejemplar de 1969 empieza la publicación a 32 páginas. Ello supondría un aumento del precio de la suscripción, pero queremos evitarlo para que por motivos económicos nadie deje de recibir CRISTIANDAD. Con una ligera disminución de la calidad del papel podemos mantener la cuota anual en 300 Ptas. Creemos que ninguna revista del nivel de CRISTIANDAD, que por otra parte no recibe ninguna subvención tiene un precio tan asequible.

Pero para que podamos continuar las mejoras necesitamos de la colaboración de todos:

SI YA ES USTED SUSCRIPTOR le invitamos a convertirse en un propagador de CRISTIANDAD entre sus amistades. Explíqueles su impresión sobre esta revista; pídanos ejemplares gratuitos de propaganda para repartir; mándenos direcciones de posibles suscriptores.

SI TODAVÍA NO RECIBE "CRISTIANDAD" y quiere una revista sana, completamente ortodoxa que trata los temas religiosos, de actualidad, históricos, con rigor científico pídanos unos ejemplares que le enviaremos gustosamente libres de todo gasto. (Indique qué temas le interesan preferentemente.) Si cree esto innecesario llene el Boletín de suscripción adjunto y mándelo lo antes posible a nuestra administración.

CRISTIANDAD es de todos ustedes y con su colaboración queremos hacerla cada día mejor. Con la ayuda de Dios esperamos conseguirla.

También le acompañamos una relación de libros y folletos publicados, relacionados con el ideal de CRISTIANDAD: Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María.

D.
con domicilio en:

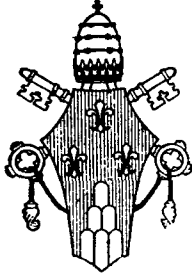
se suscribe a CRISTIANDAD por el presente año 19, de, de 19

Suscripción ordinaria . . . 300 Ptas. año
» de amistad de 300 a 1000 Ptas.
» de protección a partir de 1000 »
Número suelto 25 »

Forma de pago: Giro postal
» Al recibo factura

Suscripciones módicas para Sacerdotes, centros de Enseñanza y casos especiales.

1000000000



Radiomensaje

Navideño de

PAULO VI

Hermanos e hijos queridísimos, vosotros todos, hombres y mujeres que nos escucháis, ciudadanos del mundo.

Nos, Pablo, siervo de los siervos de Dios, obispo de Roma y pastor de la Iglesia católica, investido de la misión de predicar el Evangelio de la salvación y de la paz, queremos anunciaros también para este año 1968, que está llegando al ocaso, y que para el que va a comenzar, 1969, el nacimiento de Jesús, llamado Cristo Nuestro Señor (Mat., 1, 16, y Rom., 1, 4).

En nuestra débil voz suena el eco de la voz de los siglos. Porque hace ya siglos que este anuncio se repite, y siempre, en su mensaje auténtico o confundida con su eco, llega hasta nosotros, como una nueva noticia, la buena nueva para la Humanidad. El reloj del tiempo, todos los años, a esta hora dulcísima, señala un momento que parece una sorpresa, lleno de sentido, de interés y de esperanza. Es realmente un momento feliz. Es un momento profundamente humano. Es un momento misteriosamente sagrado. Un momento que toca íntimamente nuestra vida, su conciencia, su esencia, su destino. En este momento se perfilan ante nuestra mirada los valores primordiales y concretos de la vida: la infancia la familia, la casa, la mesa, el descanso, la serenidad, la paz; brotan en los corazones los mejores sentimientos: la bondad, la compasión, el amor. Así es la Navidad. Nos es grato en este momento recoger el aspecto intencional del hecho prodigioso que es la Navidad; es decir, el porqué de la venida de Cristo entre nosotros.

Hermanos, hijos y hombres todos que nos escucháis, os invitamos a gozar con nosotros. Nuestra alegría es la más verdadera y la más grande de todas.

El "porqué" de la venida de Cristo es nuestra salvación. Ningún acontecimiento nos toca tan directamente como la Navidad. Lo decimos siempre que durante la santa misa recitamos el Credo: "Por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo".

Por esto somos felices al repetir hoy al mundo el anuncio de la Navidad como un mensaje de esperanza: Cristo es la verdadera, la suma esperanza de la Humanidad.

LA ESPERANZA SALVADORA

No es difícil observar cuán operante sea la esperanza en nuestro tiempo, hasta caracterizar sus aspectos salientes. Hoy todo se mueve y se cambia en el signo y con la fuerza de la esperanza. Hoy, el hombre piensa, obra y vive con ansia y esperanza. ¿No es acaso la esperanza el impulso anterior del dinamismo moderno?

¿No es la esperanza la raíz que alimenta la inmensa fatiga del mundo orientado hacia su transformación y progreso? ¿No es la esperanza la atracción apocalíptica hacia un futuro por conquistar y hacia un humanismo nuevo, que debería salir fuera de la crisálida de la concepción tradicional de las costumbres sociales? Nadie se contenta ya con lo que actualmente existe.

PASADO Y PRESENTE

Antes, la experiencia de los ancianos servía de garantía para los ordenamientos vigentes o deseables; ahora, se impugnan estos ordenamientos, precisamente por el simple hecho de ser herencia del pasado y se prefiere derribarlos antes que conservarlos y renovarlos, con la ciega esperanza de que lo nuevo sea por sí solo fecundo de progreso humano.

No se cree ya en los valores estables de la fe, de la cultura, de las instituciones; y se mira al futuro no bajo un aspecto cronológico, coherente con una tradición en vía de desarrollo orgánico, sino bajo un aspecto rebelde, por sorpresa e indefinible, con la confianza casi fatalista y mesiánica de una renovación radical y general y de una felicidad finalmente libre y completa. Dos factores han concurrido a engendrar esta tensión de la esperanza: el descubrimiento de la posibilidad, cada vez más amplia, de conquistas imprevisibles, mediante la exploración científica y el dominio técnico de la naturaleza; y la constatación de las condiciones de necesidad en que se encuentra todavía, bajo tantos aspectos, la mayor parte de la Humanidad; y así este doble descubrimiento ha despertado deseos nuevos e inmensos en los corazones humanos; es decir, la esperanza de emplear la riqueza de los medios conquistados en colmar las lagunas del hambre, de la miseria, de la ignorancia, de la precariedad, de la insuficiencia que todavía sufre el hombre de nuestro siglo.

Estamos en la época de la esperanza. Pero ésta es la esperanza en el reino de la tierra, la esperanza en la suficiencia humana.

Y precisamente en nuestros días, tal esperanza está pasando por una gravísima crisis.

VENTURA Y DESVENTURA DEL PROGRESO TÉCNICO

Un fenómeno grandioso y complejo se delinea ante la mirada desfavorida del hombre contemporáneo. Sobre

todo, el mismo bienestar que la inteligente y fatigosa actividad humana va suscitando se convierte fácilmente en fuente de nuevas necesidades y a veces de un malestar más grave: el mismo progreso crea en ciertos campos peligros enormes y espantosos para toda la Humanidad; el empleo que el hombre moderno puede hacer de las fuerzas mortales, de las que se ha hecho dueño, despliega sobre nuestros horizontes, no ya la esperanza, sino nubes cargadas de terror y de locura. La paz de los pueblos o, mejor dicho, la existencia de los hombres sobre la faz de la tierra está en peligro.

El poder destructor del hombre moderno es incalculable, y la fatal probabilidad que tal poder tenga para devastar la ciudad humana depende de causas trágicamente libres, que ni la ciencia ni la técnica pueden dominar por sí mismas. Ocurre entonces que a nuestra esperanza sigue la angustia.

DEGRADACIÓN DE LA ESPERANZA

Desgraciadamente, también por otro camino nuestra generación llega a análogo resultado. El hombre de hoy se ha dado cuenta de que toda la construcción del sistema económico y social, que fatigosamente está construyendo con soberbios resultados prácticos, amenaza con convertirse en su prisión y privarlo de su personalidad para asemejarlo a un instrumento mecánico de la gran máquina productora, la cual, mientras ofrece numerosas y maravillosas mejoras externas, lo sujeta a un colosal aparato dominador. Nacerá así una sociedad rebosante de bienestar material, satisfecha y gozosa, pero privada de ideales superiores, que dan sentido y valor a la vida y casi sorda al gemido de los pobres, vecinos o lejanos, pero que también se llaman hombres y son hermanos. Los ojos de algunos jóvenes en especial, normalmente de visión clara y profética, han quedado oscurecidos por la falta de la enseñanza de principios absolutos y por la difusión sistemática de la duda y del agnosticismo. A un cierto punto la contestación se ha puesto de moda, con la tentación de degenerar en revolución, en violencia, en anarquía. Incluso en este campo social e ideal, la esperanza humana se degrada y se extingue.

Nos vemos con dolor que, por causas de estas irreflexivas, desviaciones colectivas, se pierden valores históricos, culturales, morales, todavía válidos y dignos, con daño de toda la comunidad civil.

Vemos con estupor cómo tantos ciudadanos sanos y honestos, y también maestros prudentes y sabios, y hombres responsables del bien público, no encuentran en sí mismos energías para defender y revivir genialmente un patrimonio de civilización, ganado con inmensos sacrificios y abierto al goce común, y para ahorrar a la sociedad, a las generaciones futuras especialmente las consecuencias de inútiles y ruinosas destrucciones materiales y morales. Y vemos, igualmente con angustia que fre-

cuentemente el presunto remedio a estos desórdenes, actuales o temidos, se reduce al recurso a una dura represión de la libertad legítima, o a la privación general de los derechos civiles, o al desconocimiento de las importantes necesidades de la gente pobre. También aquí la esperanza está herida.

El discurso se podría continuar dirigiéndose a la vida internacional: ¿Se debilita hoy la esperanza de la paz?

LUCES Y SOMBRAS

Y podría llegar al fondo de tantos espíritus representativos de la cultura moderna. Quizá nunca como en nuestros días la literatura, los espectáculos, el arte, el pensamiento filosófico han sido testimonios tan despiadados de las deficiencias del hombre, de su debilidad mental, de su sensualidad dominante, de su hipocresía moral, de su delincuencia fácil, de su crueldad naciente, de su posible abyección, de su personalidad inconsciente. Y toda esta complacida acusación se ha apoyado sobre un terrible y aparentemente indiscutible argumento: esto es el hombre. Así es el grande y miserable hijo del siglo. Esta es la verdadera realidad de la vida.

Y entonces, ¿dónde está, hombre, hermano, tu esperanza?

Si proponemos a vuestra reflexión, queridos oyentes, un tema tan complejo y tan vasto y, digamos también, tan real, no lo hacemos ciertamente para turbar con siniestros y desconsoladores pensamientos la serena fiesta de la Navidad; lo hacemos, por el contrario, para hacerlos comprender mejor y gustar el feliz mensaje de esperanza que la Navidad lleva consigo.

La experiencia de la condición dramática y en sí desesperada de la vida humana, experiencia que el progreso moderno, más que suprimirla, la agudiza y exaspera frecuentemente, debe llevarnos a admitir una insuperable necesidad que la Humanidad, en formas o en grados diversos, ha llevado siempre en el fondo de su conciencia: la necesidad de ser salvada. Sí, tenemos todos necesidad de ser salvados; con nuestras solas fuerzas no lo logramos (Rom., 7, 15). Nuestro presuntuoso afán de salvarnos solos aumenta al final de la constatación de nuestra radical incapacidad. Decimos más autorizados por el conocimiento del hombre y de la historia: tenemos necesidad de un Salvador, de un Mesías. El nombre de Jesús significa Salvador, y Cristo significa Mesías. Este nombre, Jesucristo, es el anuncio de nuestra salvación; es la promesa que funda nuestra esperanza. Tenemos necesidad de Cristo. Es preciso que Él tenga un poder divino, porque ningún otro poder vencería nuestros males. Es preciso que Él tenga una hermandad humana, porque si no fuera hermano, no podríamos entenderlo bien. Es San León, el Pontífice del misterio de Cristo, quien habla: "Si (Cristo) no fuera verdadero Dios, no podría proporcionar remedio; si no fuera verdadero hombre, no nos serviría de ejemplo" (Serm., XXI; P. L., 54, 192).

LA NAVIDAD CRISTIANA

Es por esto por lo que nuestro anuncio de la Navidad, después de casi veinte siglos, conserva su actualidad, y decimos también su validez por la fe que en él tenemos. Estamos autorizados a hacer nuestras las resonantes palabras del ángel de la Navidad: "Os traigo una buena nueva — es el Evangelio —, una buena noticia de gran alegría para todo el pueblo: hoy en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador" (Luc., 2, 10-11).

Y no es un vano anuncio, porque no será vana la esperanza que pondremos en él. El Cristo que en aquella feliz noche, por medio de la virginal maternidad de María, ha entrado en la Historia y en los destinos de la Humanidad vive todavía. Vive en la plenitud de una gloria todavía para nosotros sin nombre posible y sin concepto adecuado, en la vida celestial; pero desde allí vive aquí también en medio de nosotros, renaciendo continuamente, como manantial en su fuente, en su Cuerpo místico, que es la Iglesia, y todavía difunde en el mundo su verdad y su gracia.

Él estaba, dice el evangelista, lleno de gracia y de verdad. Su verdad, es decir, su palabra, que actualiza entre nosotros su pensamiento, es para nosotros maestra de vida, nos dice qué debemos hacer y amar; nos hace ver en el hombre que sufre, más que a un hermano, a Él mismo; nos restituye a la libertad, a la dignidad, a la espera del hombre ideal; nos hace capaces de bondad, de justicia y de paz: es la luz del mundo. Y para que tan luminosa y alta palabra no deslumbrase nuestros débiles ojos y no oprima ni confunda nuestra innata debilidad.

Él la corrobora con una ayuda misteriosa y poderosa: la acción de su espíritu. Ésta es la Navidad. Ésta es la Encarnación, que, partiendo desde Cristo, penetra en la Humanidad, y la sacude, la despierta, la atormenta, la regenera ahora en el tiempo para conducirla más allá del tiempo hacia la eternidad.

Es una palingenesia lenta, pero segura; fatigosa, pero triunfante; antigua, pero de clamorosa actualidad. Es el cristianismo. Éste tiene la virtud de infundir esperanza y de dar vida, y no solamente en su orden propio, el religioso y sobrenatural, sino de infundirla también en el orden profano y natural, que, uniendo subterráneas y por esto caducas esperanzas a la esperanza firme, venida del reino de los cielos, no duda ya de que su trabajo sea vano — es el cristianismo vivo en las realidades que Cristo obra entre nosotros —: la cándida y piadosa inocencia de los niños, el dolor ofrecido de los enfermos, el amor sano y profundo de las familias, la generosidad desinteresada de los jóvenes, la paciencia humilde e invocadora de los pobres, la fatiga anhelante de mayor justicia de los trabajadores, la caridad silenciosa y operante de los buenos, la oración incesante en la comunidad de los fieles. Es el cristianismo vivo de la santa Iglesia católica, obradora de las esperanzas eternas y no menos confortadora de las terrenas, verdaderamente humanas (Gaudium et spes).

Y nosotros nos hallamos tan conmovidos y seguros de ello, amados hermanos e hijos, que con efusión de corazón os renovamos su feliz mensaje y lo revalorizamos con nuestra bendición apostólica".

(20 de diciembre de 1968; texto italiano en "L'Osservatore Romano" del 22.)

En cumplimiento de lo dispuesto en el artículo 21, en relación con el artículo 24, de la vigente Ley de Prensa e Imprenta, publicamos a continuación los nombres y apellidos del personal de la revista

CRISTIANDAD

fundada en 1944

Propietario: Publicaciones Schola, S. A.

Consejo de Administración:

Presidente: Ignacio M.^a Serra Goday

Vocales: Fernando Serrano Misas; Manuel de Arquer Cladellas.

Secretaria: María Asunción López Suñé

Director: Fernando Serrano Misas

Administrador: Gabriel Casals Nonell

Redactores: José M.^a Alsina Roca; Santiago Arellano; Florencio Arnán Lombarte; Manuel de Arquer Cladellas; Carlos A. Callejo; Francisco Canals Vidal; Juan Casañas Balcells; Roberto Cayuela, S.I.; Luis Creus Vidal; José L. González Aullón; Eustaquio Guerrero, S.I.; Tomás Lamarca Vilaró; Asunción López Suñé; José M.^a Martínez-Marí; Carlos Mas de Xaxars Gassó; José M.^a Mundet Gifre; José M.^a Petit Sullá; Francisco Salvá Miquel; Ignació M.^a Serra Goday; Fernando Serrano Misas; José Manuel Zubicoa Bayón.

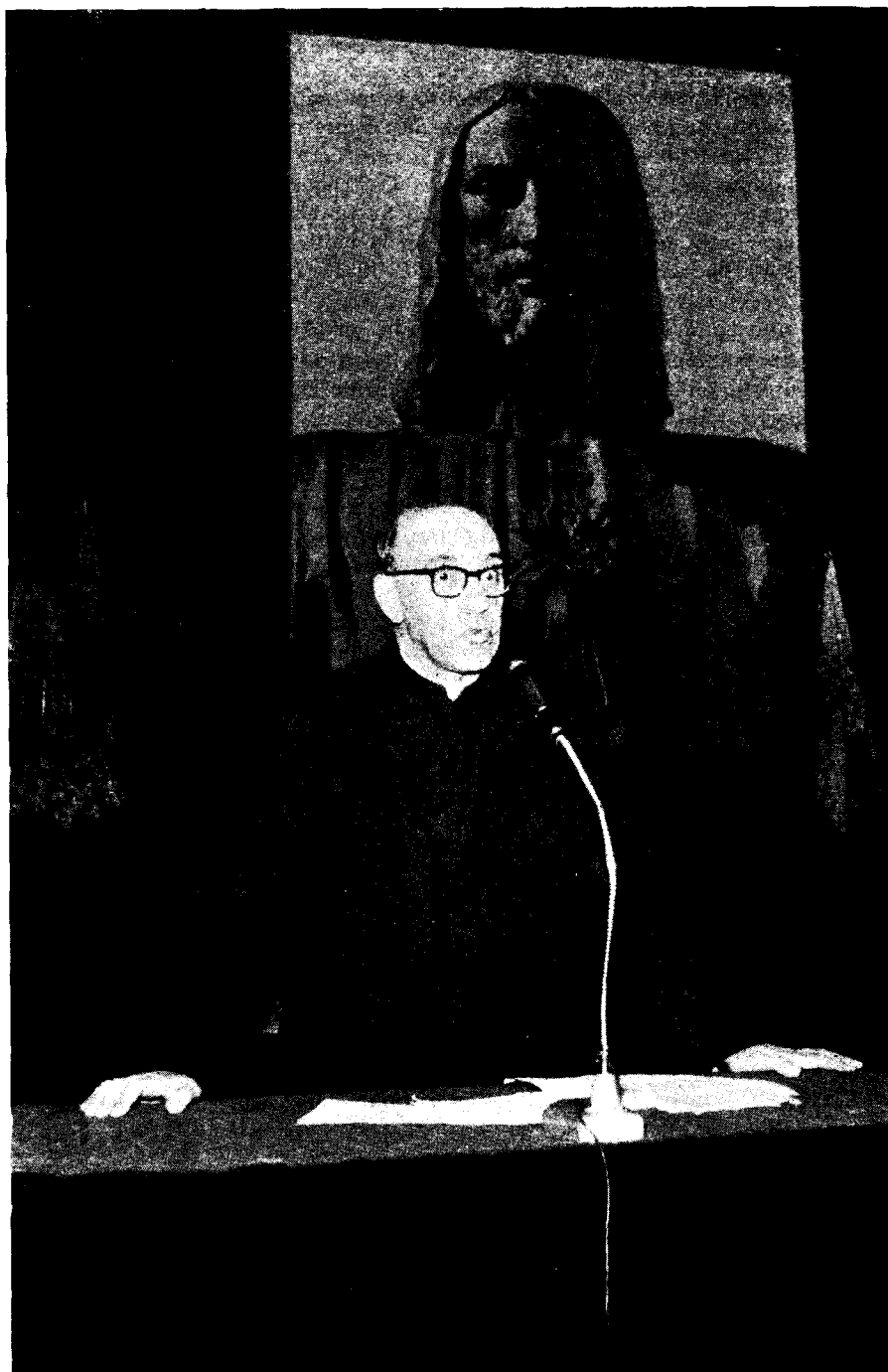
Redacción y Administración: Diputación 302. Teléfono 222-24-46, Barcelona-9.

Imprenta: Ariel, S. A., Avda. José Antonio 108, Esplugas de Llobregat (Barcelona).

Precio de suscripción: 300 pesetas al año.

TESTAMENTO DEL PADRE PIULACHS

MORTUUS ADHUC LOQUITUR



Se escribe y seguramente se escribirá mucho más sobre el P. Jaime Piulachs, el inolvidable jesuita cuya vida y cuyas actividades iluminan de forma maravillosa cómo debe ser la obediencia y la iniciativa, la humildad y la audacia, la oración y el apostolado, el amor a las almas y la caridad hacia los necesitados, la predilección

por las almas consagradas a Dios y el afán incesante por la conversión de los pecadores, la pobreza y el uso de las técnicas modernas, la seguridad y abandono total en la Providencia divina y la utilización de los medios organizativos más detallados, la entrega total y fe absoluta en los apostolados característicos de la Compañía

de Jesús—los Ejercicios Espirituales, las verdaderas Congregaciones Marianas, el Apostolado de la Oración, las Misiones populares, la propaganda escrita—y una receptividad generosa y fraternal hacia otros métodos buenos de espiritualidad y acción apostólica de las otras órdenes religiosas y de la Iglesia.

Tenemos conocimiento de gran número de anécdotas

que reflejan el espíritu del P. Piulachs. Pero no es hora simplemente de tejer un elogio, que aunque justo, no expresara cómo sentía, y cómo trabajaba en sus últimos tiempos para que sus convicciones arraigaran en los demás. Por ello recogeremos algo de lo que, muy de primera mano, nos indique lo que podemos llamar su última voluntad...

I. Su visión de la Iglesia

Característicamente el P. Piulachs era un hombre de acción, de talento organizativo, ajeno a abstracciones y a lirismos. Dudo que en toda su vida hubiera compuesto un pareado. Aunque era muy delicado de sentimientos y le gustaba la música—de joven había tocado el violoncelo—, su fervor religioso, su dedicación plena, le tenía ajeno a la mera especulación. Leía para nutrir su vida espiritual, pero no tenía curiosidad para descubrir autores. De ahí que toda su vida de operario en la viña del Señor, en la Congregación de la Estrada y en la Obra de Ejercicios, entre la Guardia Urbana y los agentes de la Policía Armada, en el Polvorín y entre empresarios, fomentando la Adoración Nocturna y la predicación en las empresas, tiene el sello de la efervescencia del misionero que anhela la salvación de las almas. Sin más y esto era todo.

Cuando en los últimos tiempos de Director de la Obra de Ejercicios irrumpía escandalosamente en la vida de la Iglesia el desbordamiento de mil corrientes contra la piedad, contra la jerarquía, contra el dogma, contra la ascética, el P. Piulachs reaccionó un poco improvisadamente, sorprendido de algo que no esperaba. Con el tiempo la alarma en él creció tremendamente, al estilo—digo yo—que una Santa Teresa de Jesús o un San Ignacio de Loyola se sentirían indignados y combativos frente al protestantismo.

El P. Piulachs pensó mucho y quiso diagnosticar en forma muy segura su criterio para conocer el mal de la Iglesia. Él, que no era un teólogo profesional, que era muy “vivo”, quiero decir con un sentido muy despierto de la fe, no se encandilaba fácilmente con frases bonitas ni dialécticas baratas que quizá satisfacen a gentes superficiales dobladas de pseudo intelectualismo ni había caído en ningún hegelianismo soñador de fórmulas sintéticas en lo que es realmente contradictorio, buscó un medio cierto para no equivocarse. Puedo asegurar que leyó y releyó, meditó y saboreó profundamente la encíclica “Pascendi” de San Pío X. Tengo el texto que él usaba, visiblemente gastado, subrayado con lápices rojo y azul las frases que más llamaban su atención. Recojo algunos de estos subrayados, que elocuentemente nos orientarán según el magisterio de la Iglesia, expresado por este Papa extraordinario que fue San Pío X y de cuya doctrina bebía ahora nuestro Padre Piulachs:

“Es preciso reconocer que en estos últimos tiempos ha crecido en modo extraño el número de los enemigos de la cruz de Cristo.”

“Se ocultan, y ello es objeto de grandísimo dolor y angustia, en el seno y gremio mismo de la Iglesia, siendo enemigos tanto más perjudiciales cuanto lo son menos declarados.”

“Un gran número de católicos seculares y, lo que es aún más deplorable, hasta de sacerdotes, los cuales so pretexto de amor a la Iglesia, faltos en absoluto de conocimientos serios en Filosofía y Teología, e impregnados, por lo contrario, hasta la médula de los huesos, con venenosos errores bebidos en los escritos de los adversarios del catolicismo, se presentan, con desprecio de toda modestia, como restauradores de la Iglesia, y en apretada falange asaltan con audacia todo cuanto hay de más sagrado en la obra de Jesucristo.”

“Son seguramente enemigos de la Iglesia, y no se apartará de lo verdadero quien dijere que ésta no los ha tenido peores.”

“Han aplicado la segur, no a las ramas, ni tampoco a débiles renuevos, sino a la raíz misma; esto es, a la fe y a sus fibras más profundas.”

“Lo hacen con habilidad tan refinada que fácilmente sorprenden a los incautos.”

“Juntan a esto, y es lo más a propósito para engañar, una vida llena de actividad, constancia y ardor singulares hacia todo género de estudios, aspirando a granjearse la estimación pública por sus costumbres, con frecuencia intachables. Por fin, y esto parece quitar toda esperanza de remedio, sus doctrinas les han pervertido el alma de tal suerte, que desprecian toda autoridad y no soportan corrección alguna; y atrincherándose en una conciencia mentirosa, nada omiten para que se atribuya a celo sincero de la verdad lo que es sólo obra de la tenacidad y del orgullo.”

“Tiempo es de arrancar la máscara a esos hombres y de mostrarlos a la Iglesia entera tales cuales son en realidad.”

“Táctica, a la verdad, la más odiosa, consiste en no exponer jamás sus doctrinas de un modo metódico y en su conjunto, sino dándolas en cierto modo por fragmentos y esparcidas acá y allá, lo cual contribuye a que se les juzgue fluctuantes e indecisos en sus ideas, cuando en realidad éstas son perfectamente fijas y consistentes.”

“¡Estupor causa oír tan gran atrevimiento en hacer tales afirmaciones, tamañas blasfemias! ¡Y, sin embargo, Venerables Hermanos, no son los incrédulos sólo los que tan atrevidamente hablan así; católicos hay, más

aún, muchos entre los sacerdotes, que claramente publican tales cosas y con tales delirios presumen restaurar la Iglesia! No se trata ya del antiguo error que ponía en la naturaleza humana cierto derecho al orden sobrenatural. Se ha ido mucho más adelante, a saber, hasta afirmar que nuestra santísima Religión, lo mismo en Cristo que en nosotros, es un fruto propio y espontáneo de la naturaleza. Nada, en verdad, más propio para destruir todo orden sobrenatural”.

“Confesando, en fin, que la fe ha de subordinarse a la ciencia, a menudo y abiertamente censuran a la Iglesia, porque tercamente se niega a someter y acomodar sus dogmas a las opiniones filosóficas; por lo tanto, desterrada con este fin la teología antigua, pretenden introducir otra nueva que obedezca a los delirios de los filósofos.”

“Observad aquí, Venerables Hermanos, cómo yergue su cabeza aquella doctrina tan perniciosa que furtivamente introduce en la Iglesia a los laicos como elementos de progreso.”

“Les es necesario continuar en la Iglesia, a fin de cambiar insensiblemente la conciencia colectiva.”

“Y así se alucinan muchos que, si considerasen mejor el asunto, se horrorizarían. A favor, pues, del poderoso dominio de los que yerran y del incauto asentimiento de ánimos ligeros se ha creado una como corrompida atmósfera que todo lo penetra, difundiendo su pestilencia.”

“Andan clamando que el régimen de la Iglesia se ha de reformar en todos sus aspectos, pero principalmente en el disciplinar y dogmático; y, por lo tanto, que se ha de armonizar interior y exteriormente con lo que llaman conciencia moderna, que íntegramente tiende a la democracia; por lo cual se debe conceder al clero inferior y a los mismos laicos cierta intervención en el gobierno, y se ha de repartir la autoridad demasiado concentrada y centralizada.”

“Es un conjunto de todas las herejías.”

“El modernismo conduce al ateísmo y a suprimir toda religión. El primer paso lo dio el protestantismo; el segundo corresponde al modernismo; muy pronto hará su aparición el ateísmo.”

“La causa próxima e inmediata es, sin duda, la perversión de la inteligencia. Se le añaden, como remotas, estas dos: la curiosidad y el orgullo.”

“Conviene tengáis como primera obligación vuestra el resistir a hombres tan orgullosos, ocupándolos en los oficios más oscuros e insignificantes, para que sean tanto más humillados cuanto más alto pretenden elevarse, y para que, colocados en lugar inferior, tengan menos facultad para dañar.”

“Aunque con palabras grandilocuentes subliman la filosofía moderna y desprecian la escolástica, no abrazaron la primera deslumbrados por sus aparatosos artificios, sino porque su completa ignorancia de la segunda les privó del instrumento necesario para suprimir la confusión en las ideas y para refutar los sofismas.”

“Tres son principalmente las cosas que tienen por contrarias a sus conatos: el método escolástico de filosofar, la autoridad de los Padres y la tradición, el magisterio eclesiástico. Contra ellas dirigen sus más violentos ataques. Por esto ridiculizan generalmente y desprecian la filosofía y teología escolástica, y ya hagan esto por ignorancia o por miedo, o, lo que es más cierto, por ambas razones, es cosa averiguada que el deseo de novedades va siempre unido con el odio del método escolástico y no hay otro más claro indicio de que uno empiece a inclinarse a la doctrina del modernismo que el comenzar a aborrecer el método escolástico.”

Fiel a estas orientaciones, el Padre Piulachs, en la hora actual, al comprobar cómo el viejo modernismo con más virulencia, organización y atrevimiento atacaba la Iglesia, no pensaba que muchas de las divisiones de la hora actual procedieran de nerviosismos, problemas generacionales o métodos pastorales. El P. Piulachs, con San Pío X y el continuado magisterio pontificio estaba plenamente convencido que el fondo del problema planteado era una lucha satánica que desgarraba la Iglesia en su propio seno. Por esto, frente a los que desfiguran el dogma y la moral, el Padre Piulachs me escribía en una carta: “Está todo en tal estado que nuestra actuación ya no es en muchos aspectos de defensa de algo que poseemos o de conquista inmediata de cosa perdida o de cosa nueva. Es simplemente de *resistencia*. En estas situaciones hay tres clases de actitudes o tres clases de personas: los enemigos, los de la *ocupación*... los que hay que lanzar fuera... y con ellos los traidores... los colaboracionistas. Los que se conforman con la situación y colaboran en alguna manera con el enemigo. Aceptan el hecho consumado procuran adaptarse a las nuevas circunstancias, haciendo concesiones. Los de la *resistencia*. Tenemos que hacer equipos de *resistencia*. No aceptar, no conformarse, no doblegarse. No pactar nunca con los otros. No rehusar lo bueno por nuevo. Pero no aceptar ningún *pacto honroso o paz honrosa* con el mal. Al mal hay que vencerle. Con respeto para todos los que piensen otra cosa. Pero con firmeza en mantener nuestros derechos. Buscando sólo la voluntad de Dios. Y sólo agradar a Dios y no a los hombres.”

Desde esta altura auténticamente evangélica y teológica veía la Iglesia, en los momentos presentes, nuestro Padre Piulachs. Él, pacífico, manso, humildísimo, conciliador por virtud y por temperamento, había adivinado con toda su profundidad la realidad del drama. Y porque era hombre de Dios no podía ceder a las beaterías sincretistas, muy prudentes según el mundo y la carne, pero tremendamente anatematizables mirando a la cruz de Cristo y la gloria de Dios. Éste era el secreto de la dulce e intrépida fortaleza ignaciana del Padre Piulachs. Las *Reglas para sentir con la Iglesia* empapaban su criterio y su actuación en forma visible que captaban desde lejos las almas de Dios, que, desde tantos lugares, procedencias y ambientes se fiaban y se apoyaban en él.

II. Las tesis pastorales del Padre Piulachs

El P. Piulachs era un hombre de acción, pero muy ajeno a la herejía de la acción. No cultivaba la acción por la acción. Especialmente no se entregaba a la actividad sin antes haber meditado cómo se debía actuar. “Y la realidad hace que el sueño se disipe”, decía Teófilo Gautier.

De ahí que el P. Piulachs, tan enemigo de la rutina como de la improvisación, a un grupo de amigos suyos sacerdotes nos ofreció unas formulaciones de “tesis”, que él sentía muy vivamente. Estas “tesis” quería que se demostraran en la forma clásica de la enseñanza teológica tradicional: argumentos de Escritura, doctrina de la Iglesia, testimonios de la Tradición, argumentos de razón y refutación de las objeciones. Muchas veces he pensado que si en los Seminarios y escolasticados religiosos — y, ¿por qué no en institutos superiores de pastoral? — se profundizaran las tesis del Padre Piulachs, nos ahorraríamos muchos desaguisados apostólicos.

Transcribo los enunciados de dichas tesis:

1. “El objeto primario del apostolado es la salvación y perfección de las almas.”

2. “La predicación es el primer apostolado.”

3. “El *hombre de hoy* es esencialmente igual al de ayer — obrero, joven, hombre de negocios, intelectual, etcétera —. Su diferenciación es puramente accidental.”

4. “Los medios pastorales y apostólicos que fueron válidos y eficaces para el hombre de ayer, lo son también para el de hoy. Su *aggiornamento* está solamente en retoques accidentales y en la discreta aplicación en ellos de las nuevas técnicas que le sean adaptables, en organización, comunicación, etc.”

5. “Los métodos apostólicos tanto son más aptos cuanto sean más espirituales, más directos, más universales, más rápidos, menos peligrosos, más profundos y duraderos, y dirigidos a los más necesitados y a los más influyentes.”

6. “Los ministerios y obras tradicionales en la Compañía, DEBIDAMENTE EMPLEADOS, son ahora, como lo fueron siempre, de la mayor eficacia apostólica — Ejercicios Espirituales ignacianos, Congregaciones Marianas, Misiones populares, Apostolado de la Oración, colegios —. (Debidamente empleados, esto es: sin mixtificaciones o sustituciones sustanciales).”

7. “La predicación fundamental debe ser la catequesis, debidamente adaptada al auditorio. Por lo que en las presentes circunstancias debe ser, de ordinario, la catequesis elemental, incluso en muchos públicos cultivados intelectualmente.”

8. “Al temor de Dios ha sucedido en muchos de los que se dedican al apostolado el temor de hablar de Dios. La palabra de Dios no debe ser, de ordinario, objeto de *contrabando*.”

9. “El *dar testimonio* en la Escritura se entiende sobre todo del testimonio de la palabra.”

10. “El mero testimonio en sentido de ejemplaridad no es *de se* apostolado, sino condición importantísima — no siempre necesaria — del apostolado. En algunos casos muy excepcionales podrá ser el único medio de comunicación del mensaje evangélico, pero en ninguna manera se puede aceptar como medio ordinario de evangelización.”

11. “El apostolado de mero testimonio o primariamente por el testimonio — entendido como ejemplaridad de vida — sólo es aceptable como vocación excepcional o especial. Fuera de los casos de clara vocación especial, tiene los serios peligros de la ineficacia, irresponsabilidad y oculto comodismo, entre otros.”

12. “La mayor crisis de nuestros días es la de la sencillez. En los que actualmente más usan las palabras *sinceridad* y *autenticidad*, se realiza aquello de *dime de qué blasonas y te diré de qué careces*.”

13. “La frecuente lectura del Evangelio y Sagrada Escritura sin la suficiente base de instrucción catequística puede llegar a ser perjudicial.”

14. “Muchos entienden ahora por filósofo profundo el hombre que tiene la virtud de complicar genialmente las cosas más sencillas y de demostrar de manera aceptable las cosas más absurdas.”

Estas “tesis”, muy masticadas y digeridas por una extraordinaria experiencia y observación, forman el contexto de su gran ideal apostólico. Por esto él quiso que estas “tesis” fueran discutidas, demostradas, contrastadas. En este sentido el P. Piulachs era un partidario decidido del verdadero diálogo. Pero el diálogo del P. Piulachs buscaba efectivamente la verdad, la realidad. Plinio Correa de Oliveira dice que “para la mayor parte de las personas, el mito recordado e insinuado en la palabra *diálogo*, y cuya seducción es como la electricidad de que ésta se halla cargada, sólo es atrayente cuando se mantiene impreciso, difuso, envuelto en las nieblas de la poesía... El fumador de opio no se interesa por la composición química de éste. No quiere *entender*, sino *sentir* el opio”.

El P. Piulachs no solamente no había fumado nunca opio, sino que ni siquiera fumaba un pitillo hoy tolerado... Prácticamente buscaba siempre la objetividad. Por esto tuvo aciertos extraordinarios en su labor apostólica. Él no buscaba inventar y entretenerse en puras divagaciones. Fiel a la filosofía cristiana que enseña que las ideas subsisten en Dios, la pastoral del P. Piulachs tuvo un realismo palpitante, que sin planificaciones ni tecnocracias le hacía tratar los hombres y los ambientes tales como son. “Aquel que siguiendo a Cristo y con su gracia se entrega a lo espiritual, está verdaderamente de lleno en lo real”, se ha dicho. Las “tesis” del P. Piulachs podrían enseñar mucho de verdadera pastoral, profunda y verdadera, a nuestros sacerdotes y movimientos de apostolado seglar. Es también parte — y no pequeña — de su herencia.

III. Plenitud

El profesor Francisco Canals, Catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona, agudamente observa: "Me parece que estarán de acuerdo todos en que, cuando leemos Santa Teresa de Jesús o Santo Tomás de Aquino, se nos muestran como muy diversos de lo que sería un cristiano de izquierda de nuestros tiempos. Pero tengo también la convicción de que no hallaremos en ellos tampoco el *ismo* por decirlo así, integrista o contrarrevolucionario en el sentido en que lo viviríamos hoy. No tienen *ismos*... Me he preguntado muchas veces qué ha ocurrido en el mundo de hoy para que la verdad quede convertida, en la perspectiva de su apariencia en el plano sociológico, en un *ismo* parcial; para que la ortodoxia íntegra se presente como una posición extremista; para que la doctrina verdadera parezca la opción caprichosa de un grupo, y para que no haya manera de afirmar la verdad sin ser al punto acusado de enfrentamiento hostil a toda una serie de dimensiones de la realidad. Mi convicción es de que el torbellino *dialéctico* en que estamos inmersos se constituye por una tensión preternatural, de inspiración satánica, para decirlo en la forma más explícita".

Esta visión responde plenamente al ideal evangélico. Y desde aquí podemos entender el alma del P. Piulachs. Querer fichar al P. Piulachs en una bandería sería desconocer todo el sentido del drama de la historia que ya en el Génesis plantea la lucha de la Mujer contra la serpiente, la palabra de Jesús que nos dice que "el que no está conmigo está contra mí y el que conmigo no recoge, desparrama" (Mt. 12, 30), y lo que San Ignacio nos presenta como eje de sus Ejercicios en el llamamiento del Rey temporal, con la meditación de las dos banderas y la heroica encrucijada de los tres binarios. Sería un desconocimiento del mismo Evangelio no entender que únicamente quien está del todo en Dios abarca la totalidad, y que elegir el todo no es ninguna parcialidad.

Por esto el P. Piulachs vivió la vida cristiana en lo más nuclear. Desde muy joven sintió ardientemente la devoción al Corazón de Jesús. Él repetía con especial encarecimiento que en ella "se encierra la suma de toda religión y con ella la norma de vida más perfecta", como enseña Pío XI en la "Miserentissimus Deus". Presentaba esta devoción como un tesoro oculto, como lo más propio para nuestra santificación, como la más propia para fecundizar los apostolados. Como "adaptada a los hombres de hoy", como de "gran valor en orden a la recristianización del mundo en todos los órdenes", reafirmando cuanto ha dicho el magisterio de la Iglesia sobre esta devoción y en las revelaciones de Paray-le-Monial.

La devoción al Corazón de Jesús en el P. Piulachs tenía que influir, como predicó en el Retiro Extraordinario de la Obra de Ejercicios del año 1965, "en la vida personal, en la vida religiosa, en la vida social, en la vida política". Uno de sus libros predilectos eran las obras de

Santa Margarita María de Alacoque, que leía y releía y que muchas veces nos hacía participar a los que hemos tenido la gracia de convivir con él. Había repartido incontables ejemplares del "Retiro Espiritual" del Beato Claudio de la Colombière. Tenía una "debilidad" particularísima para Santa Teresa del Niño Jesús, cuya imagen siempre presidió su despacho. En los últimos tiempos se interesaba particularmente por el Padre Ramière. Precisamente en esta línea se desarrolló su última actividad apostólica, el Secretariado Nacional del Apostolado de la Oración, cargo en el que puso un encendido entusiasmo y renovados anhelos de trabajar por la propagación de la devoción al Corazón de Jesús, especialmente entre los sacerdotes.

Tenía esta convicción: "El mundo parece desquiciarse... remedio humano no lo hay. Pero Dios es Omnipotente y puede traernos el remedio... ¿Cómo? Nuestras pobres oraciones y sacrificios ofrecidos por María y unidos a los del Corazón de Jesús se potenciarán en infinito. ¡Con María Inmaculada! Como todos los que se han tomado la vida en serio y están en la eternidad".

Este ideal de plenitud de devoción al Corazón de Jesús explica el sobrenaturalismo del P. Piulachs, con su amor a la Eucaristía, con sus misas devotísimas, con su austeridad ejemplar, con el universalismo de sus afanes apostólicos, con su mansedumbre y fortaleza conjugadas maravillosamente y con su optimismo divino, a pesar de tener una particular clarividencia sobre la situación actual. El P. Piulachs, intelectual y temperamentalmente tan distinto del P. Ramón Orlandis, coincidía plenamente con él, viviendo "la fusión de la devoción a Cristo Rey con la devoción al Corazón de Jesús". Pudo peregrinar a Paray-le-Monial y al templo de la Gran Promesa de Valladolid. Y en sus repetidos viajes a Madrid, su refugio y su secreto era la visita y las horas de oración en el Cerro de los Angeles. Aquí en Barcelona, muchas veces subía al Tibidabo para "entretenerse" ante el Señor Sacramentado. Él decía que hay que presentar la devoción al Corazón de Jesús "con una santa valentía y sin complejos". Repetía muy convencido: "¡Es muy buena mercancía!".

Me atreveré a decir que en los últimos años se le veía sensiblemente más y más devoto de la Madre Inmaculada. Sus campañas en favor del Rosario, su confianza filial en Ella se transparentaba en su manera de hablar y de actuar. Si por María y la cruz nos transformamos en Jesús, era edificante notar cómo él, tan prudente y delicado en su forma de actuar, cómo cuando sufría alguna incomprensión o se enteraba de algún juicio contra su persona, en vez de apenarse, se alegraba y repetidas veces me decía: "Tengo muchas ganas de sufrir persecución por la justicia y por Dios". Soy testigo de que, en cierta ocasión, había sido muy humillado. Objetivamente, en forma hartamente injusta. Persona de confianza lo comentó con él, mientras llevaba un rosario en la mano.

Al querer buscar aquella persona algunas explicaciones a dicha situación, el P. Piulachs contestó: "Quizá soy perseguido porque amo mucho a la Virgen". Entonces, y por única vez en la vida, le vi llorar, mezclando sus lágrimas con dicho rosario.

La Navidad de 1968 ha sido el "dies natalis" del P. Jaime Piulachs. Su muerte no es una muerte, es un triunfo, es una esperanza, es una garantía. Recuerdo sus palabras: "Confiar... estamos en el camino de los santos... Dios está con nosotros y no con el mundo que parece triunfar. Ganan batallas, pero ciertamente perderán la guerra". Para asegurar la ayuda divina a los que luchan por el Reino de Dios y su justicia. Por esto la más apasionante idea apostólica del P. Piulachs, él que lo quería abarcar todo, que el mundo se le hacía estrecho, que con su estropeado "Seat 600" y con su plegaria quería llegar a todos los rincones y a todas las necesi-

dades, era la institución de un centro de espiritualidad, forjador de sacerdotes, de juventudes, de familias, de mil y mil iniciativas prácticas e intelectuales, universales y sin clasismos, para buscar la mejor cosecha de la gloria de Dios. Y esto comprendiendo y viviendo la Iglesia al estilo de un San Pío X, con el más trascendente sentido pastoral e irradiando la devoción al Corazón de Jesús y de María.

La empresa era tan grande que ya en la tierra no la podía realizar. Y en la alegría divina y navideña de este año pasado, presurosamente, se nos ha ido a la gloria. Para allí capitanear con su prisa característica y con augurios de una lluvia de gracias que prodiga y prodigará para la realización de sus ideales apostólicos.

A nosotros nos toca recibir y hacer fecunda tan santa herencia.

JOSÉ RICART TORRENS, Pbro.

Al P. Piulachs

Yo canto a un sacerdote, a un consagrado,
a un alma que de Cristo enamorada,
a la causa de Dios, vivió entregado
y en medio de este mar, tan agitado,
sólo en el Cielo... puso su mirada.

Apóstol encendido y valeroso,
que forjado y templado en la oración,
no encontraba momento de reposo...
y a la lucha por Dios iba gozoso,
poniendo en ella, todo el corazón.

Él no entendió jamás, de cobardía
él no dudó jamás, frente a la acción,
abrazado a la Cruz, día tras día,
jera el enamorado de María,
amante del Divino Corazón!

¡Qué bien supo, buscar en esa Fuente
dónde saciar su sed, de apostolado
en el Sagrario, a solas... frente a frente,
del Amor de Jesús, bebía el torrente
para darlo, después de estar saciado!

¡Qué bien supo, tallar en la humildad,
el sólido cimiento de su vida,

que bien supo, enseñar con su bondad...
que solo se halla, la felicidad
en la vida sencilla y escondida!

¡Qué bien supo, con gracia y valentía
demostrar a este mundo corrompido,
que existen sacerdotes todavía
que viven su virtud, con alegría
cumpliendo, cuanto habían prometido!

¡Qué bien supo, pasar firme y sereno
arraigado en sus rectas convicciones
por encima del barro y del veneno
y despreciando el mal, buscar lo bueno.
para llevar a Dios los corazones!

Hoy goza ya de Dios, a quien buscaba
ya ha visto cara a cara la Verdad,
ya está junto a la Madre que él amaba
y Cristo, por quien él, sufría y luchaba...
Ya le ha colmado de felicidad!

Que su ejemplo nos sirva de esperanza
que su dicha, nos sirva de consuelo
y poniendo, como él, nuestra confianza
en María, que de Dios todo lo alcanza,
¡¡Nos encontremos juntos en el Cielo!!

DOLORES SERRANO DE MAYORALGO

¿HACIA UNA RELIGION SIN DIOS?*

Entramos ahora en el marco, un tanto lúgubre, que el título de la conferencia ya preanuncia, ¿hacia una religión sin Dios?, pues ya suponen ustedes, que a este interrogante habrá que contestar en algún modo positivamente. Una religión sin Dios sería el último estadio en la evolución del modernismo y del progresismo, pero de hecho ya actualmente se da en ciertos sectores del cristianismo. Cuál es el alcance y profundidad de este movimiento, es lo que en esta conferencia vamos a esbozar, para sacar de ello conclusiones provechosas y realmente importantes.

El marco en el que nos moveremos para plantear esta cuestión será primordialmente el campo protestante, o mejor dicho, neo-protestante, pero no nos inhibe de pensar, que hasta cierto punto y como ha hecho notar Maritain, también se dé este problema en el campo católico. Precisamente fue San Pío X quien a principios de siglo, en la encíclica *Pascendi*, denunció el hecho de que dentro de la Iglesia, se daba entre los seglares e incluso entre sacerdotes, quienes negaban, en un sucesivo modernismo, la misma divinidad de Jesucristo. Esta afirmación, está en la misma línea de la *religión sin Dios*, pues no nos engañaremos pensando que la negación de la divinidad de Jesucristo pueda todavía dejar, digamos espacio, para la idea de Dios.

En el campo protestante, se produjo recientemente un gran impacto con la publicación de la obra de John A. T. Robinson, *Honest to God*. El 19 de marzo de 1963, se publicó en el *Observer* londinense un artículo titulado *Nuestra imagen de Dios debe cambiar*. Este artículo no fue extraordinariamente comentado porque al domingo siguiente, el autor del mismo, sacó a la venta su libro *Honest to God*. El hecho de que fuera un obispo, el obispo anglicano de Woolwich, el autor de tales "audaces" afirmaciones, convirtió el libro en un auténtico best-seller.

De entre todas las traducciones que se han hecho de este libro, interesa aquí destacar la traducción francesa que realizó Louis Salleron de *Itinéraires*, quien tituló el libro *Dieu sans Dieu*, advirtiendo así sobradamente al lector francés de cuál era el verdadero contenido del libro. Creemos que poner en guardia a los católicos, frente a esta creciente "teología del anticristo", es algo muy útil y necesario en nuestros tiempos, y esto es lo que modestamente pretendemos con esta conferencia.

Para enjuiciar desde el principio el alcance de la obra de Robinson, nada más oportuno que citar el juicio que, sobre esta obra emitió Alasdair McIntyre, profesor del University College de Oxford, en la revista *Encounter*: "Lo sorprendente en el libro de Robinson es, ante todo, que él es un ateo", y más adelante: "La repercusión que tuvo su libro parece indicar que la combinación de un vocabulario religioso con un ateísmo sustancial tiene un amplio aliciente". Después de referirse al hecho de que cite a otros teólogos protestantes con los que se sien-

te identificado, afirma: "Podemos apreciar ahora que la voz de Robinson no es la de un individuo aislado, sino que su libro es testimonio de la existencia de todo un grupo de teologías que mantienen un vocabulario teísta pero han adquirido un contenido ateo". Esto es lo que a nosotros nos interesa. Reflexionar sobre el hecho sumamente importante de que la negación de Dios se hace modernamente, hablando mucho de Él, con aparentes consideraciones humanas y bíblicas, pero en las que el concepto de Dios no es en nada el concepto cristiano. Si tales autores precisaran, qué entienden exactamente por el Dios al que nombran, serían no solamente sinceros para con Dios, sino también sinceros para con los lectores.

No vamos ahora a enjuiciar exhaustivamente la obra *Honest to God*. El P. Roig Gironella hizo en *Cristiandad* una amplia reseña crítica (1). Enunciemos, aquí, simplemente sus tesis más centrales enraizadas en sus autores originales. En efecto, la obra de Robinson no es en nada original. En esto coinciden todos los comentadores, pero esto es lo que hace más importante el conocimiento de este movimiento.

La obra de Robinson es un refrito de las principales ideas de tres teólogos anteriores y más importantes que él: Tillich, Bultmann y Bonhoeffer.

Muy conocido en el mundo protestante, y aun católico, por su vasta obra escriturística y teológica, Tillich representa sobre todo el intento de sustituir la revelación por su metafísica, o al menos hacer pasar las verdades reveladas por el aro de su particular ontología. De influencia idealista, a través de Schelling y Schleiermacher, Tillich quiere superar lo que él llama concepción supranaturalista de Dios y de la religión. Sin analogía ni trascendencia, su concepción del ser se identifica con su concepción de Dios: "La afirmación de que Dios es el Ser-mismo es una afirmación no simbólica. No apunta más allá de sí misma. Significa lo que dice directa y propiamente... Después de esto, ninguna otra cosa puede decirse de Dios como Dios, que no sea simbólica". Dios es "la sustancia subyacente a todo el proceso de llegar a ser". Su visión panteísta de Dios se refleja igualmente en esta afirmación: "Dios no existe. Es el ser mismo, más allá de la esencia y de la existencia. Por eso, probar que Dios existe es negarlo". Para Tillich todo ser es Dios, y por tanto, toda preocupación por cualquier ser es ya la preocupación y la búsqueda de Dios. No es que todo ser nos remita a Dios sino que esto y nada más es Dios.

Esta concepción de Dios como aquello que más nos preocupa, la recoge Robinson, citando textualmente a Tillich:

"El nombre de esta profundidad infinita e inagotable y el fondo de todo ser es Dios. Esta profundidad es lo

* Conferencia pronunciada en la VII Reunión de Amigos de la Ciudad Católica.

(1) *CRISTIANDAD*, febrero 1967, núm. 432.

que significa la palabra *Dios*. Y si esta palabra carece de suficiente significación para vosotros, traducidla y hablad entonces de las profundidades de vuestra vida, de la fuente de vuestro ser, de vuestro interés último, de lo que os tomáis seriamente sin reserva alguna. Para lograrlo, quizá tendréis que olvidar todo lo que de tradicional hayáis aprendido acerca de Dios, quizás incluso esta misma palabra.”

Robinson se acoge también al programa de “desmitización” propugnado por Bultman. Esto supone quitarle a la religión los elementos míticos que la Biblia contiene. El hombre moderno, según Bultmann, no puede aceptar la visión *precientífica* que del mundo tiene el Antiguo Testamento. Asimismo, el Nuevo Testamento emplea un lenguaje mitológico, que describe operaciones supranaturales, pero que representan una forma de expresión trascendental, no hechos realmente objetivos. Todo ello debe ser superado si queremos hacer el cristianismo aceptable para el hombre de nuestro tiempo. Los hechos más centrales de la vida de Jesucristo, Encarnación, Nacimiento virginal, Resurrección, deben ser definitivamente desmitizados. Así, por ejemplo, juzga Robinson sobre la Navidad:

“¿Y si supusiéramos que la noción entera de “un Dios” que “visita” la tierra en la persona de “su Hijo” es tan mítica como la del príncipe en el cuento de hadas? ¿Si supusiésemos que no existe ningún reino “afuera” del que pueda llegar el “Hombre del cielo”? ¿Si supusiéramos que ha de desaparecer el mito de Navidad (es decir, la invasión de “este lado” por el “otro lado”) como opuesto a la historia de Navidad (es decir, el nacimiento del hombre Jesús de Nazaret)? ¿Estamos preparados para afrontar semejante cambio? ¿O bien vamos a aferrarnos ahora a este último vestigio de la concepción mitológica o metafísica, como el único atuendo que aún puede conferir a la historia de Navidad suficiente poder para impresionar nuestra imaginación?”

El sector liberal del protestantismo había ya conve-nido desde el siglo pasado en que la Biblia contiene muchos mitos, que tomados como verdades reales estarían en oposición con la moderna ciencia. Como se ve por lo anteriormente citado, parece llegada la hora de una total desmitización para no hacer más extraño el mensaje cristiano al hombre de nuestro tiempo.

Finalmente, es en el teólogo alemán Bonhoeffer, en donde encuentra Robinson una “provechosa” fuente de sugerencias para su libro.

Al igual que Bultmann, parte de la idea básica de que el progreso técnico aleja al hombre de toda concepción mítica. Pero no solamente esto. Bonhoeffer en su radical visión progresista de la historia humana encuentra que lo que es incompatible con el hombre “adulto” es simplemente la idea de Dios. Este Dios al que la humanidad entendió como explicación de fenómenos desconocidos y como defensa de los temidos males que le acechaban, no le es necesario al hombre que domina la naturaleza mediante la técnica.

En la actualidad, para Bonhoeffer, el hombre religioso es un tipo aislado de la sociedad o innoble para con su inteligencia. Para que la religión no sea el ámbito de unos pocos hombres “religiosos” y pueda ser aceptado por todos debe prescindir de la idea de un Dios todopoderoso. Únicamente la idea de un Dios que nos abandona, que comprende que no le necesitamos, puede ser aceptada por los hombres. Esto es lo que Bonhoeffer encuentra en la persona de Cristo, con su pasión, su cruz, en fin su impotencia:

“El Dios que nos deja vivir en el mundo, sin la hipótesis de trabajo Dios, es el mismo Dios ante el cual nos hallamos constantemente. Ante Dios y con Dios, vivimos sin Dios. Dios, clavado en la cruz, permite que lo echen del mundo. Dios es impotente y débil en el mundo, y sólo así está Dios con nosotros y nos ayuda...”

Aquí terminamos nuestra reseña de la obra de Robinson.

Ustedes se preguntarán cómo es posible que se haya llegado a esta caótica situación en el mundo anglicano o protestante en general. El mundo protestante, tomando la palabra de Dios, la Biblia, en una interpretación primero subjetiva, luego racionalista, después cientifista y finalmente mitológica, acaba por concluir la total superación de todo sentido trascendente.

En el año 1920 se celebró en Lambeth un congreso de obispos anglicanos para elaborar una declaración conjunta acerca de los puntos más centrales de la revelación cristiana. Tal reunión acogió a doscientos obispos de esta confesión distribuidos por distintos puntos de la geografía protestante. Las conclusiones no se publicaron hasta el año 1936, recogándose entonces en lo que se llamó Report de la Conferencia de Lambeth. Nos será de mucha utilidad leer ahora algunos de los párrafos más significativos de esta declaración, porque demuestran cuál es el estado de la problemática ortodoxa a nivel de jerarquía (1).

Sobre la veracidad del Evangelio: “En muchos casos, las palabras atribuidas a Nuestro Señor reflejan más bien las experiencias de la primitiva iglesia o son expresiones de los profetas cristianos, y no las mismas palabras pronunciadas por Jesús”.

Respecto a la historicidad de la Biblia: “Los relatos sobre hechos particulares pueden considerarse que tienen valor en cuanto son expresión metafórica de verdades espirituales, aunque se suponga que jamás han tenido realidad. En este caso, tales relatos pueden llamarse simbólicamente verdaderos en sentido diferente; de aquí que no es posible definir con precisión la expresión de tales elementos simbólicos en la tradición histórica de la fe cristiana. En este sentido no puede excluirse la posibilidad de que el carácter simbólico afecte igualmente a la verdad de algunos artículos del Credo”.

Sobre el pecado original: “Estamos de completo acuerdo al afirmar que el hombre, tal como aparece en la historia, se muestra ahora y se mostró a través de las

(1) CRISTIANDAD, abril 1966, núm. 422.

edades como víctima de una profunda inclinación al pecado. Pero nosotros no estamos acordados en la interpretación de este hecho, ni en explicarlo con relación a Dios, pero sí afirmamos unánimemente que ninguna de las opiniones expuestas se pueden considerar como ilegítimas en las iglesias de Inglaterra”.

Acerca de la virginidad de María: “... Hay en cambio entre nosotros quienes creen que la fe en la Encarnación es más consistente afirmando que el nacimiento de Nuestro Señor tuvo lugar en las condiciones normales de la humana generación”.

Sobre la Resurrección de Cristo: “Algunos de los nuestros se inclinan a creer que la conexión hecha en el Nuevo Testamento entre el relato del sepulcro vacío y el de la aparición de Nuestro Señor resucitado, cae más bien dentro de la esfera del simbolismo religioso que en el ámbito de los hechos históricos”.

A la vista de estas declaraciones de los doscientos obispos anglicanos, no es de extrañar que las afirmaciones de cualquier teólogo protestante discurran por el camino que hemos mostrado anteriormente, a través de la obra de Robinson.

Nosotros debemos, ante estos hechos, hacernos eco de las palabras del apóstol S. Juan cuando nos dice, “todo aquel que disuelve la persona de Cristo, éste no es de Cristo sino del anticristo, que está al llegar y que al presente se halla ya entre vosotros”. En nuestros tiempos más que nunca, se está dando esta teología del anticristo extraordinariamente proliferada entre los llamados teólogos “avanzados”. Tal como lo denunció Paulo VI el día de la festividad de S. Pedro y S. Pablo: “Muchos, con el pretexto de adaptar la enseñanza de la Iglesia al hombre de nuestro tiempo se apartan del Magisterio eclesiástico”.

También en el mundo protestante se han alzado voces de protesta frente a esta creciente corriente modernista que amenaza los mismos cimientos de la fe verdadera. Citemos algunos de estos elocuentes testimonios, que parecen en algunos casos, las mismas palabras del inolvidable S. Pío X (2). Éstas son las palabras en las que se expresa J. Gresham Machen, en su artículo *Christianity and Liberalism*: “Tomado en conjunto, cual existe actualmente, el liberalismo naturalista es un fenómeno estrictamente unitario y que tiende ahora a eliminar más y más los restos de la fe cristiana... La presente situación no puede ser ignorada, es preciso enfrentarse con ella. El cristianismo está siendo atacado desde dentro por un movimiento nuclearmente anticristiano”. Refiriéndose a los que tienen la obligación de enseñar y velar por la fe añade: “Entre los pastores de las Iglesias Evangélicas se hallarán huestes enteras de quienes rechazan el Evangelio de Cristo”.

Es ahora la voz del calvinista G. C. Berkouwer la que se alza contra esta teología sin Dios, contra el equívoco de hablar de Dios entendiendo por este término algo sustancialmente distinto del dogma cristiano revelado y

definido. Estos pasajes están sacados de su artículo *Modern Uncertainty and Christian Faith*: “En Holanda hubo algunos teólogos modernistas que reconocieron que su doctrina no coincidía ya con el cristianismo tradicional. Seamos honestos, dijeron, y dimitamos como ministros de la Iglesia; si somos deterministas, por ejemplo, no podemos defender que la oración tiene realmente sentido; no demos a nuestros conceptos nombres que corresponden a los de la antigua Madre Iglesia; alejémonos de ella.

Pero los más de los teólogos y de los predicadores modernistas tuvieron otra actitud. Sostuvieron que su modernismo, su neo-protestantismo, era el único cristianismo coherentemente evolucionado, el protestantismo verdadero, el cristianismo adaptado a las necesidades de la mentalidad moderna y puesto al nivel de la ciencia.

... Recuerdo que un teólogo sostuvo que el artículo “nació de María virgen” es un mito, pero no intentó quitarlo del símbolo. Cuando leemos “concebido por el Espíritu Santo” debemos entenderlo, en su opinión, en el siguiente sentido: Espíritu significa independencia, y el carácter de Jesucristo fue el de quien se dice “no” contra la naturaleza y contra el pecado. Es evidente que con tales exégesis las palabras del Credo son completamente anuladas, y que si la Iglesia emprende esta dirección y sigue manteniendo los antiguos modos de hablar está engañando al mundo”.

Volviendo de nuevo al tema central de nuestra conferencia, debemos hacer notar, que, si bien es en el campo protestante donde esta situación se ha hecho crítica, también entre los católicos encontramos parecidas situaciones, y esto cada día más. Por ello ha dicho Maritain en su reciente libro *Le Paysan de la Garonne*, “Hay una especie de apostasía immanente que se encuentra sobre todo entre los pensadores más avanzados entre nuestros hermanos protestantes, pero que es también activa entre los pensadores católicos igualmente avanzados. Creen que proponen un cristianismo superior mientras que se encierran en sus propias construcciones subjetivas y acaban como el obispo anglicano Robinson en un cristianismo de perro muerto que flota a la deriva de las filosofías más variadas”.

Nuestra postura ante este grave problema debe ser la afirmación clara de la verdad, según el magisterio de la Iglesia, desenmarcando todas las teologías sin Dios. Pero también podemos sacar un aspecto positivo de este desolador panorama. Puesto que hemos hablado tanto del mundo protestante y de su situación, ahora estamos en mejores condiciones para un diálogo fructífero con los sectores sinceramente creyentes de nuestros hermanos separados, puesto que ellos ven ahora a la Iglesia Católica y al Primado de su Jerarquía como un baluarte de la ortodoxia frente al desconcertado mundo neoprottestante. No hay ninguna duda de que la Iglesia Católica, como tal, conserva íntegro el depósito de la fe, y esto puede ser para ellos un motivo grande de acercamiento.

(2) CRISTIANDAD, marzo 1964, núm. 397.

EL SEGUNDO MARTIRIO

Le conocí en Barcelona a primeros de septiembre de 1936. Era un hombrecillo flaco y desmedrado, con cierto andar inseguro. Llevaba un pequeño bigote rubio y vestía el uniforme ciudadano de entonces: pantalón desgachado y una vieja camisa abierta por el cuello. Parecía un dependiente de ultramarinos en paro forzoso, cosa natural en una época en que no había ultramarinos que vender. Sin embargo, aquel hombrecillo tenía para nosotros una importancia excepcional. Llevábamos dos meses en absoluta carencia de gracias sacramentales, de consuelo litúrgico, de unción religiosa que no fueran los angustiados rosarios musitados en la noche. Aquel pequeño hombre era un SACERDOTE. Noten ustedes que he escrito esta palabra con mayúsculas: es por algo. Se dijo la misa sobre el aparador del comedor, sirviendo de cáliz una copa de vino y de patena un plato de postre. Inolvidable, alucinante misa de catacumbas, murmurada *sotto voce* para que el rumor del “in nomine Patris” no traspasara las paredes y nos expusiéramos a una delación. Misa del siglo I o del III bajo los edictos de Diocleciano. Misa con el fervor y el temblor indescriptibles, cerca, muy cerca de Jesucristo. Misa que yo pondría por modelo a los que ahora juegan a ágapes de “primeros cristianos”. Unos primeros cristianos sin sicarios, sin ergástulas, sin leones esperando en el circo. Así, cualquiera es “primer cristiano”.

Terminó la impresionante ceremonia; sacamos un par de onzas de chocolate rancio y las desleímos en agua, único obsequio que podíamos ofrecer a aquel pobre hombre que parecía llevar cuatro días sin comer. “Padre, se expone usted mucho saliendo a la calle. Debería usted permanecer escondido unas semanas, unos meses, hasta que pase lo peor”... “Soy Sacerdote — fue la respuesta —. Me ordenaron para llevar consuelo y gracia a la grey: no para esconderme”. Se hizo un silencio tras la sencilla y sublime contestación. Tres días después, el hombrecillo apareció detrás de una tapia con un tiro en la nuca.

Y así, uno, dos, tres, cien, quinientos, hasta siete mil. Siete mil auténticos testigos de Cristo. Siete mil mártires desde cualquier aspecto. Siete mil religiosos junto a muchos millares más de seglares que amaron a Dios y al hombre hasta la muerte. Que dieron por su fe y su ideal todo cuanto el hombre puede dar. La sangre y la vida, no unas horas de detención en una Comisaría o una multa, como son los baratos martirios con que algunos quieren aureolarse en el día. La sangre y la vida. Muchos de ellos habrían podido salvarse con una apostasía simulada, pronunciando una sola blasfemia. Dándose a una claudicación sexual propuesta por los sayones como precio de perdón. No lo hicieron. Murieron como el Maestro, perdonando a sus enemigos.

Los que les vimos testificar pensábamos entre el te-

rror y la santa envidia, que antes de veinte años los veríamos en los altares. Vano pensamiento. Ni uno solo de estos mártires ha sido beatificado aún. Esto al fin no es muy extraño, pues en muchos casos la prudencia de la Iglesia ha dilatado la permisión del culto a algunos santos, durante siglos.

Pero estos mártires del 36 no están sólo en la sala de espera de la santidad. Mucho peor: están en el desván del olvido. Mucho peor aún: están a veces en la mazmorra del escarnio. Personas que se dicen cristianas y aun algunos que llevan la misma marca divina indeleble, afirman que aquellos titanes de la fe y del valor, no son santos ni siquiera mártires. Fueron víctimas de una convulsión irremediable de la que tenían la culpa ellos mismos... ¡Eran *fascistas*! Así lo he oído o leído a veces, de labios o de pluma de sacerdotes o de católicos actuales. Personas que parecen avergonzarse de su ministerio divino, denigran a las que lo honraron hasta entregar la vida, el mayor ejemplo de sinceridad que nadie puede dar.

Fabián, Sebastián, Lorenzo, Vicente, Inés, Lucía, Eulalia, Anastasia... vosotros tuvisteis mejor suerte. Hubo fieles que recogieron vuestras reliquias, catecúmenos o diáconos que honraron vuestra memoria y pusieron encendidos epitafios en vuestras tumbas, preladados que inscribieron vuestros nombres en los martirologios, pintores y escultores que figuraron vuestro martirio, celebrantes que quemaron incienso en vuestras conmemoraciones.

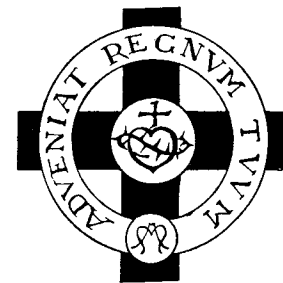
Obispos santos Irurita y Polanco, sabio P. García Villada, incansable apóstol Barron, hermano de San Juan de Dios que expiaste, fusilado en una playa, tu infinito amor al prójimo; Margarita, de Acción Católica, joven y bella, que desapareciste de tu casa una madrugada sin que haya sido encontrado tu cuerpo hasta el día de hoy. Más obispos, más sacerdotes, más religiosos y monjas, más hombres y mujeres que murieron por Cristo en España hace treinta años. Para vosotros no hay gloria, ni incienso, ni celebridad ni Año Cristiano. Para vosotros, salvo el recuerdo emocionado de algún pariente o hermano en religión no queda nada, al menos en la tierra, en esta tierra de la injusticia y de la farsa. A veces, peor que nada: la agria sonrisa despectiva o el juicio blasfematorio de los nuevos arrianos, pelagianos o macedonianos.

Sabemos dónde estáis y que estáis muy altos; pero si a vuestros tronos de hoy pudiera llegar la amargura, el modo cómo la Humanidad ha honrado hasta la fecha vuestro sacrificio, sería para vosotros un segundo martirio, objetivamente mil veces peor que el primero: el martirio del olvido y del desprecio.

CARLOS A. CALLEJO

CRISTO REY

y el Apostolado de la Oración



Del 2 al 4 del pasado enero se celebró en Madrid la Asamblea Nacional del Apostolado de la Oración que tuvo como objeto primordial estudiar y dar a conocer las características apostólicas y pastorales de los nuevos Estatutos.

Hubo que lamentar la ausencia del P. Piulachs, que poco antes de emprender el viaje a Madrid para dar los últimos toques a la Asamblea, que con tanto amor y acierto había preparado como Secretario Nacional del Apostolado de la Oración, entregó su alma al Señor, el mismo día de Navidad.

La Asamblea tuvo triple carácter: doctrinal, práctico y cultural. La parte doctrinal estuvo a cargo del Excmo. Dr. D. Enrique Vicente Tarancón, obispo de Oviedo y de los PP. Jesús Solano, Rector de la Universidad de Comillas; José Caballero, Secretario regional del A. de la O.; José Julio Martínez, Director Nacional de la C. E. y de Luis M.^a Mendizábal, Presidente de la Dirección Nacional del A. de la O.

Clausuró la Asamblea el Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Madrid, Dr. Casimiro Morcillo, quien expuso los peligros que acechan a la vida cristiana de hoy y lo que puede hacer el A. de la O. para soslayarlos.

Terminó la Asamblea con la peregrinación al Cerro de los Ángeles donde se renovó la consagración al Corazón de Jesús con la fórmula del A. de la O., contenida en el "ofrecimiento diario".

* * *

CRISTIANDAD, que no depende jurídicamente del Apostolado de la Oración, depende espiritualmente de él de una forma total. Nuestro lema lo proclama: "Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María". Queremos pues, plasmar aquí, y una vez más, algunas reflexiones que el planteamiento de la actualidad del A. de la O. en la Asamblea Nacional nos ha sugerido.

Siendo el Apostolado de la Oración, esencialmente, un ejército de hombres que luchan — mediante la oración — por la implantación del Reino de Cristo, la cuestión de la actualidad de dicho Apostolado se reduce, pues, a la de la actualidad de la idea del Reinado Social de Jesucristo. Sobre este punto, y en la línea repetidamente desarrollada en las páginas de esta revista, hacemos nuestra reflexión.

El programa del Reinado Social de Jesucristo que encontró su apóstol primero en el P. Ramiere, halló en seguida el eco cada vez más poderoso de la palabra de los Papas. Se puede resumir en un esquema de cuatro puntos:

1) Sólo en el Reinado de Cristo puede haber paz verdadera y estable. En Él sí, fuera de Él, no. Y la paz que se promete no es sólo la espiritual de las almas, sino la social y la internacional (*Ubi arcano, Quas primas*).

2) El Reinado que trae consigo las promesas es el aceptado libremente por los hombres: No el reinado de mero hecho, ni el reinado de mero poder.

3) Por consiguiente, entonces Reina Cristo en la sociedad, cuando constituida ésta rectamente, la Iglesia, cumpliendo el divino encargo, defiende y tutela los derechos de Dios, ora sobre los hombres en particular, ora sobre la sociedad entera (*Ubi arcano*).

4) La realización de este ideal no tan sólo se ha de desear y procurar, sino también se ha de esperar, en cuanto correspondamos al plan divino (*Ubi Arcano, Quas primas, Miserentissimus Redemptor*).

La idea de la realeza de Cristo ha tenido siempre el mismo significado, pero, como suele suceder, es al choque de ideas contrarias que aparece a nuestra vista con toda su riqueza y esplendor. El grito de rebeldía "no queremos que Éste, que Cristo, reine sobre nosotros" provocó el paso adelante de la proclamación libre y generosa de la voluntad de sujeción al imperio amoroso de Cristo Rey en muchos cristianos que comprendieron y aceptaron en su corazón las doctrinas pontificias y del P. Ramiere. Y esta afirmación y este deseo "es necesario que Éste, que Cristo, reine, venga a nos el tu Reino" constituyera el lema y el ideal de los miembros del Apostolado de la Oración: Es la esperanza cristiana del "hágase tu voluntad así en el tierra como en el cielo" y de los numerosos textos proféticos que la anuncian en la Biblia; es la seguridad de que Cristo reinará en los corazones de los hombres no sólo en la otra vida, sino también en este mundo y no sólo individualmente, sino también colectivamente y esto no por la fuerza sino por una aceptación libre del género humano.

La esperanza del Reino de Cristo ha encontrado un eco no sólo constante, sino progresivo en el magisterio eclesiástico. El Concilio en este sentido ha sido una

continuación de ello y un estudio a fondo de sus textos — en esta perspectiva — lo prueba ampliamente.

Y esta enseñanza del magisterio ¿es un hablar vacío de contenido, o meras palabras sin espíritu y vida, sin posibilidad de interesar al hombre de hoy? Si algo nos sorprende de la lectura de las encíclicas que exponen esta doctrina es precisamente la íntima persuasión de los Papas de estar proponiendo al mundo una esperanza salvadora y única — el Reino de Cristo — y el medio querido por Dios para alcanzarla — la devoción al Corazón divino.

Una duda nos puede asaltar: ¿puede el hombre moderno entender tal programa?, ¿no sobrepasará la doctrina religioso-política-social, que se basa en la soberanía de Cristo, la capacidad intelectual del hombre de nuestro tiempo? Si de algo estamos convencidos es precisamente de lo contrario: más bien habría que decir que en ninguna otra época ha estado el mundo más preparado para comprender este mensaje.

Y esto ¿por qué? Un estudio atento de las ideologías y las actitudes que más influyen en el hombre de hoy revela dos cosas: la existencia en ellas de un común denominador, de una conciencia de las lacras de la humanidad — guerras, hambres, odios, etc. — de las que los medios de comunicación nos informan a diario, y frente a estos hechos la creencia en la posibilidad de remediar este estado de cosas mediante el esfuerzo puramente humano. De esta creencia ha surgido una esperanza humana — caricatura de la esperanza del reino mesiánico — que espera, sí, un estado futuro de la humanidad mejor que el actual, pero desligado de toda conexión sobrenatural, totalmente materialista; y el medio por el que esto ha de llegar es la violencia destructiva u opresora de la libertad individual en contraposición al que la Iglesia nos propone: el amor misericordioso del Corazón de Jesús.

El mundo moderno, siente pues, dentro de sí, y como nunca había sentido un afán por alcanzar un estado mejor, pero limitando el objetivo y equivocando el medio. ¿No será por una falta de conocimiento de la auténtica esperanza cristiana? La esperanza quizá sea la virtud menos ejercitada por el cristiano moderno porque o no sabe que tiene algo que esperar o lo conoce mal. La misma esperanza del cielo que habría de ser el centro de nuestros anhelos es en cambio poco vivida o aún entendida como un mal menor (ya que hemos de

morir por lo menos que nos toque el cielo donde dicen que se estará mejor). La esperanza deformada de un reino terreno ¿no se habrá producido como reacción a un cristianismo — el catolicismo liberal — que ha presentado la esperanza de una salvación del mundo en la historia como algo erróneo sino herético y como algo que había de apartar de la Iglesia al mundo moderno? Así lo creo, pues precisamente los que han conocido el cristianismo a través de la corriente laicista y liberal lo han acusado de no tener interés por el hombre y por el mundo.

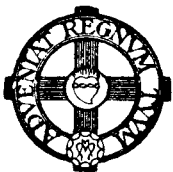
El Reinado de Jesucristo, la idea de Cristo Rey es, pues, de actualidad vital para el alma del género humano, es de una actualidad que podríamos llamar psicológica.

Sin embargo la esperanza de que el hombre acepte el reinado de Jesucristo fundada en su actualidad psicológica no puede negarse que parece utópica. Si al hombre moderno se le predicara este ideal, sin duda lo comprendería pero ¿lo aceptaría? Si esta aceptación dependiera sólo de una comprensión previa nadie podría asegurarlo porque el hombre muchas veces ve lo que le conviene, lo aprecia, pero en último término lo rechaza. Pero hay un elemento nuevo, el elemento de fe que corrobora estas esperanzas. Es la promesa divina de Paray-le-Monial "Reinaré a pesar de mis enemigos". En un principio quizá esto no se entendió y la idea del reino quedó un poco relegada frente a la devoción al divino Corazón. Mas llegada la mitad del siglo XIX al choque de la antítesis liberal, la idea del Reino de Cristo cobra vigencia, claridad y precisión.

Y a la luz de esta idea comienzan a interpretarse aquellas misteriosas palabras "Reinaré a pesar de mis enemigos". Y se inicia la corriente de consagraciones al Corazón de Jesús. En ella se unen indisolublemente la devoción al Corazón de Jesús y la devoción a Cristo Rey. Y de esta unión indisoluble brotan dos fórmulas ya usuales: Por la devoción al Corazón de Jesús al Reinado social de Cristo; y aquella otra en que parecen ya identificarse las dos devociones: el Reinado del Corazón de Jesús. Y esta devoción y esperanza de los fieles estriba principalmente en las promesas de Paray-le-Monial.

Y es esta esperanza, que es deseo, afán, la que sin cesar nos hace proclamar suplicantes: *Adveniat Regnum Tuum.*

CARLOS MAS DE XAXARS GASSÓ



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Febrero 1969

GENERAL. — Que prosperen los esfuerzos por establecer la plena comunión entre la Iglesia Romana y las Iglesias Orientales.

MISIONAL. — Que el autor de la verdad venza las dificultades que se oponen al diálogo con las Religiones no-Cristianas.

HOLANDA:

“EL HOMBRE ES MORALMENTE AUTONOMO”

En el número de agosto de 1965, CRISTIANDAD, bajo el título UNA VOZ DE ALERTA EN HOLANDA, publicaba la carta de un grupo de eminentes teólogos holandeses a la que seguían más de mil firmas. Iba dirigida al Excmo. Cardenal Alfrink y al episcopado holandés y en ella se expresaba la preocupación de los católicos holandeses por ciertas ideas e innovaciones que no parecían muy ortodoxas.

Las desviaciones que entonces se iniciaban han sido reproducidas en el famoso “ca-tecismo” y se han manifestado en el reciente Concilio Pastoral holandés.

Para dar al lector más elementos de juicio sobre esta cuestión reproducimos la crónica del “prestigioso” corresponsal religioso de *Le Monde* Henry Fesquet, del 8 de enero.

En dicho “concilio” se dio la paradójica circunstancia de ser superior el número de periodistas (130), al de congresistas con voz deliberativa (109), de los cuales 64 eran laicos (29 hombres y 35 mujeres).

Frente a las acusaciones de falta de representatividad de este Concilio Pastoral hechas por la revista holandesa *Confrontatié* el Dr. Walter Goddijn, director del Instituto Pastoral de Rotterdam ha replicado que “es bien sabido que los delegados para las asambleas eclesiales son siempre seleccionados *porque son moderados...*”

Al abrir la actual Sesión, el Cardenal Alfrink ha subrayado la «firme voluntad de la Iglesia holandesa de permanecer unida a la Iglesia Universal *qui nous est chère*. Tendemos —añade— a un pluralismo legítimo. La unidad de la Iglesia de Cristo no puede existir en el mundo sin la realidad de las Iglesias locales. A cada una de estas Iglesias locales le atañe la responsabilidad sobre el modo concreto de realizar ella el misterio de la unidad de la Iglesia. La responsabilidad de la Iglesia local y la responsabilidad sobre el modo concreto de realizar ella el misterio de la unidad de la Iglesia. La responsabilidad de la Iglesia local y la responsabilidad de la Iglesia universal lejos de excluirse, se llaman una a la otra.

»Buscamos —declara por otra parte el Cardenal— el valor de nuestra fe en la unidad con la tradición de la Iglesia: que aquellos que dan a conocer nuestras *suggestions* y nuestras discusiones más allá de nuestras fronteras no las presenten más que como búsquedas en curso; y menos todavía que las presenten como decisiones válidas para toda la Iglesia.»

Después de haber tratado los años anteriores sobre la autoridad, las misiones y la ayuda a los países subdesarrollados, el Concilio trata hoy de la actitud moral del cristiano, del matrimonio y de la juventud. Objeto de discusiones animadas y de opiniones contradictorias (los tradicionalistas son escuchados con gran *fair-play*) los dos primeros temas han sido abordados desde el lunes.

El padre Schillebeeckx ha estimado que el informe sobre la moral era teológicamente hablando una «perla». Se lee principalmente en este documento que «las normas morales no vienen directamente de Dios. La Revelación muestra al hombre como el que debe poner orden en el mundo y someterlo. El hombre es moralmente

autónomo respecto a la voluntad divina, y la responsabilidad que acompaña a esta autonomía es el corazón de la ley divina. No son las leyes las que determinan al hombre. Las mismas estructuras biológicas y psicológicas están sometidas al poder que poseen de crear la cultura y el sentido. No hay que hacer de ellas absolutos. El único valor absoluto es el amor. La Iglesia debe hacer continuamente su autocrítica y tener en cuenta las observaciones del exterior a fin de hallarse a punto para cumplir su vocación».

El rechazo de la encíclica

El informe sobre el matrimonio empezado antes que se publicara la *Humanae Vitae* concluye que no hay razón para apartar tal o tal método contraceptivo. Pone en duda los fundamentos de la posición de Paulo VI, que no encuentra el consentimiento de muchos fieles competentes. La comisión estima que el rechazo de la encíclica no es arbitrario. La llamada a la conciencia no es una llamada a la desobediencia sino a conformarse a una verdad moral. La asamblea juzga indispensable seguir los debates sobre la encíclica.

Habiendo sido negada la competencia y la representatividad de la comisión sobre el matrimonio por una carta de cuatro ginecólogos, la asamblea ha decidido por setenta y siete votos contra quince invitar a uno de ellos a exponer su punto de vista.

El mismo informe aborda el espinoso problema del divorcio. ¿Se puede pronunciar la disolución de un matrimonio cuando la unión de los esposos, prácticamente destruida, no permite ya hablar de consentimiento mutuo? La Asamblea plenaria suplica a las autoridades calificadas de la Iglesia la búsqueda de una respuesta real a los problemas teológicos y prácticos que ocasiona la indisolubilidad del matrimonio. Un proyecto prepa-

ratorio recuerda la cuestión del aborto y la inseminación artificial, incluso para los célibes, así como las relaciones sexuales antes del matrimonio. Un portavoz estudiantil ha pedido que la Iglesia tome en consideración el matrimonio civil lo que le permitiría reconocer el divorcio.

¿Canonizar al «Che»?

Un dominico ha reprochado al cardenal Alfrink haber cambiado de opinión respecto a la que tenía hace diez años, a propósito de los medios anticonceptivos. Lo que no ha sido negado por el prelado y por lo cual le ha felicitado el Presidente de la asamblea, resaltando que únicamente los que no reflexionan no se exponen a cambiar sus posiciones. En el calor de los debates una joven ha declarado que la *Humanæ vitæ* le parecía «risible» afirmación inmediatamente contrarrestada por otra participante.

La jornada del lunes debía terminar por la tarde con una reunión de jóvenes litigantes, tan alegre como rui-

dosa. Es la primera vez que un Concilio pastoral había invitado a jóvenes no estudiantes a participar a una asamblea plenaria. Lo han hecho en el estilo ya clásico —agresivo y desordenado— de las reuniones de este género. He aquí algunas muestras: «La Iglesia está esclerosada a imagen de la sociedad —nada de arreglos sino innovaciones radicales— vuestro informe sobre los jóvenes está escrito en un lenguaje incomprensible —Hay que canonizar al «Che» Guevara— Jesús echó a los mercaderes del Templo—La Iglesia debe convertirse en un movimiento de presión—La *Humanæ vitæ* nos separa de las realidades humanas».

De vez en cuando una trompeta de niño ponía en la sala una nota irónica. Un largo informe, preparado por los jóvenes de Utrech el 29 de diciembre, y titulado: «Hacer salir a la Iglesia de su rutina» reclama principalmente una ayuda más sustancial a los países subdesarrollados.

Al fondo de la sala, muy relajado, el Cardenal Alfrink fumaba su puro sin decir nada, como un padre de familia divertido viendo retozar a sus hijos.

DESARROLLO DE LA TEOLOGIA DEL SAGRADO CORAZON

(Conclusión)

V. ENSEÑANZAS DE LA ENCICLICA, HAURIETIS AQUAS

Pío XII, antes de la publicación de la Encíclica, en varios documentos, había puesto de relieve la importancia y diversos aspectos del culto al Corazón de Jesús: radiomensajes a los franceses, a Colombia, a la Argentina, a España, y sobre todo en la Encíclica «*Mediator Dei*». Pero, sin género de duda, el documento más importante, solemne y extenso sobre la doctrina católica del Sagrado Corazón, es la Encíclica «*Haurietis Aquas*», del 15 de mayo de 1956, que forma con «*Annum Sacrum*», de León XIII, y la «*Miserentissimus Redemptor*» de Pío XI, un tríptico completo (p. 239).

En ella enseña que el Corazón de Jesús es símbolo del triple amor: sensible, espiritual y divino, y distingue entre simbolismo natural y revelado. En este último sentido el Corazón de Jesús ha sido el instrumento de la divinidad: en la formación de la Iglesia, en la efusión del Espíritu Santo, en el don de la Eucarística, de la Santísima Virgen, del Sacerdocio y de los Sacramentos.

Relación de la Encíclica con la doctrina teológica

En cuanto a la extensión del simbolismo, el Papa repite que comprende toda la vida; los sentimientos y las acciones de Jesús y de su amor al Padre (p. 244). Y para poner de relieve la relación del Corazón de Jesús con su persona, dice que la devoción al Corazón de Jesús en su simbolismo natural y revelado, no es otra cosa que el culto al Verbo Encarnado (p. 244).

Interpretación de la Encíclica

Los comentaristas de la Encíclica, se pueden clasificar en tres categorías: la de los satisfechos, la de los que han minimizado su valor, y la de los que han intentado una mayor profundización (p. 246). La contribución de los que pertenecen a este tercer grupo ha sido positiva: han profundizado en el sentido externo e interno del simbolismo, han puesto en evidencia la relación indisoluble que une el corazón de Jesús a su persona, sirviéndose no sólo de la analogía natural, sino también de los grandes misterios revelados en los dos testamentos, y mejor conocidos en el transcurso de la historia de la Iglesia (p. 259).

El autor continúa exponiendo los resultados alcanzados después de la Encíclica en los estudios acerca del Magisterio (p. 260), acerca de la Sagrada Escritura (p. 263), de la Tradición (p. 267) y de los teólogos especulativos (p. 269). Al hablar de la teología especulativa dice lo siguiente: «El interés de la teología, y más aún de la discusión teológica, no puede reducirse a la consideración del objeto material y aún no completo; ni tampoco, aun que, mucho más elevada, a la consideración del objeto formal; el interés de la teología, viene de la consideración de la relación y dinámica entra el objeto material y formal (p. 269).

Se comprende fácilmente, por consiguiente, que si los teólogos se limitan a afirmar como objeto del culto el corazón físico de Jesús (objeto material parcial) o su persona (objeto material total); cortan, en su origen, todo desarrollo doctrinal, como ha

sucedido en realidad con los autores que han tomado esta posición (cfr. Leitner y Galot). En cambio ha suscitado inmenso interés el planteamiento de los teólogos, que han dedicado su estudio al objeto formal parcial (teoría del corazón ético), y al total (inclusión del amor increado en el objeto propio).

Se comprende también que el centro de la teología del Sagrado Corazón se haya insertado en el estudio del simbolismo, que expresa precisamente la relación y la dinámica entre el objeto material y formal, tanto más, cuanto más se perfeccionan los medios técnicos de conocer el simbolismo (p. 269).

Visión teológica de conjunto

Conclusión: al final el autor hace una síntesis sobre el desarrollo de la doctrina del Sagrado Corazón, en su conjunto y bajo sus distintos aspectos (p. 275).

1. Desarrollo de la doctrina del Magisterio

En el Magisterio se observa con relación al ambiente que le rodea cuatro actitudes: una defensiva que va de Clemente XIII a Pío IX; otra progresiva, la de León XIII a Benedicto XV; para llegar con Pío XI, a una actitud de afirmación vigorosa; y con Pío XII, a una precisión técnica en el campo doctrinal (p. 275).

Pío XII ha precisado que el culto del Sagrado Corazón de Jesús tiene fundamentos bíblicos patrísticos y teológicos. El fundamento bíblico del culto, viene del hecho de que el amor de Dios es el misterio dominante en el A. T. y en el N. T. El texto bíblico más importante ahora, ha venido a ser el de Juan, 7, 37 (p. 278).

Después de lo afirmado por Pío XII, los teólogos no tienen otra cosa a hacer que iluminar, a la luz de la Encíclica "Haurietis Aquas", los puntos que no han sido aún suficientemente definidos (p. 278).

2. Desarrollo de la doctrina Teológica

La situación objetiva que ha condicionado la actitud del Magisterio, ha influido también en la conducta de los teólogos, en cuanto que, precedentemente a la intervención del Magisterio, han debido tener en cuenta el estado actual de la cuestión y responder a las dificultades de los adversarios (p. 279).

En el trabajo de superación de la crisis de crecimiento iniciada después de la segunda guerra mundial, juntamente con los avances alcanzados por los estudios de la Escritura y de la Tradición; Mersch, en armonía con las especulaciones de Orígenes, S. Agustín, Sto. Tomás y Scheeben, propuso una idea que podía organizar toda la doctrina del Sagrado Corazón, y mostrarla en su luz más profunda y completa: la relación del simbolismo del Corazón atravesado de Jesús con la procesión del Espíritu Santo, del Hijo. En el año 1950 se podía decir que en este punto de la doctrina católica se encuentra la llave para entender esta devoción (p. 283).

Pío XII en la "Haurietis Aquas", recoge, fuera de toda previsión, todas las aportaciones de los teólogos, en forma válida para todos los aspectos de la doctrina del Sagrado Corazón (p. 283).

Después de la publicación de la Encíclica de Pío XII, como hemos dicho antes, los teólogos se han dividido en tres grupos. El mejor fundado recoge la doctrina afirmada explícitamente, y busca, con la ayuda de elementos indirectos, examinados en el contexto de la Encíclica, encontrar la solución de las cuestiones aún en suspenso. En estas circunstancias se ha visto la máxima unión entre el Magisterio y la teología (p. 283).

3. Desarrollo metodológico

a) En la Escritura

En el campo de los estudios positivos, en la Escritura, es de importancia fundamental la demostración del diccionario de Kittel, según el cual el sentido de la palabra corazón en el N. T. hay que deducirlo de la coordinación entre el uso del A. T., con la traducción de los LXX y el del judaísmo elénico y del rabínico; y la prueba, lograda por Closen, de la existencia de tres textos en el A. T., interpretados mesiánicamente en el N. T., en los que se habla del Corazón del Mesías con relación a sus sentimientos: Jer. 20, 21; Salm., 21; Salm., 16, 9 (p. 287).

b) En la patrística

Para el resumen del progreso de los estudios patrísticos, nos puede servir los trabajos hechos por H. Ranher, éste, más completo y sistemático que su hermano, ha fijado los cánones fundamentales, bajo los cuales debe ser escrita una verdadera historia de la devoción. Después de haber determinado tres tradiciones, nacidas de la interpretación del texto de Juan, 7, 37, y por él llamadas efesina, alejandrina y común; H. Ranher, ha fijado los principios que demuestran cómo la devoción se ha desarrollado orgánicamente de la Escritura y de los Padres. El devenir histórico de la devoción ha empezado con los Padres, que han conectado una serie de textos del A. T., con Juan, 7, 37, y con Juan, 19, 34; sacando la conclusión que del costado atravesado de Jesús se ha comunicado al mundo la sabiduría, la gracia, los sacramentos y la misma Iglesia; todo esto en la Edad Media, ha sido estudiado desde el punto de vista de la persona de Jesús, que ha dado estos dones; y a través de los místicos, de la liturgia romana, anglicana y morzarábica, se ha difundido continuamente en la Iglesia. Un culto privado al Sagrado Corazón está testificado en los monumentos antiguos de la Iglesia, ha crecido en la Edad Media, se ha hecho litúrgico con S. Eudes, y universal con Sta. Margarita María. La Misa "Congitaciones", de Pío XI, ha unido la tradición efesina (Evangelio) y la alejandrina (Epístola), formando una síntesis preciosa de la herencia recibida de los Padres (p. 290).

c) En la teología especulativa

Sintetizamos el desarrollo de los estudios especulativos con estas palabras del autor: "Ahora que el Papa Pío XII en la *Haurietis Aquas* ha decidido autoritariamente que la devoción de la Iglesia al Corazón de Jesús comprende en su objeto propio el amor increado, ya sea en el sentido esencial, como común a las tres divinas personas, ya en el sentido personal, en cuanto pertenece a la persona del Verbo, queda a la teología la gran tarea de justificar la doctrina del Papa en lo que ha dicho explícitamente y de buscar con profundizaciones de índole especulativa, tomadas de la analogía de la fe, el punto doctrinal que está en el origen de esta cuestión y que puede conducir a la solución precisa" (p. 293).

VI. SITUACION ACTUAL

Posiciones varias ante la Encíclica

Respecto al estado actual de la teología del Sagrado Corazón, ésta se caracteriza por las tres posiciones adoptadas por los teólogos frente a la Encíclica "Haurietis Aquas": 1. La posición de los partidarios de la teoría del simbolismo clásico, fundado en medios empíricos elementales, la cual se afirma en el aspecto externo de la cuestión, y en el objeto material parcial y

total de la devoción (p. 298). 2. La posición de los partidarios de la teoría del corazón ético y de los especialistas de la Escritura y de la Tradición, los cuales se interesan por el objeto formal parcial de la devoción, con un concepto de simbolismo primario, y fundados en elementos internos de naturaleza bíblica y tradicional en la Iglesia (p. 299). 3. La posición de los teólogos especulativos que basan sus estudios en la profundización derivada de la analogía de la fe. La característica de esta corriente

te es la aceptación de lo que está claro en el documento pontificio, y, a la luz de estas claridades, buscan resolver lo que aún está indeciso (p. 300).

Juicio que merecen

El juicio práctico que merecen al autor estas posiciones es que: la 1.^a es superficial y que no sirve para levantar la devoción del estado de poca estima en que ha caído en ciertos ambientes (p. 299). La 2.^a que está sustancialmente aceptada en la Encíclica, tanto en lo que se refiere a la importancia que tiene la Persona de Jesús en el objeto de la devoción; como en el sentido más amplio del simbolismo del corazón, en la Biblia y la Tradición, ya no puede aportar nada nuevo (p. 300). En cambio la 3.^a corriente tiene un campo abierto a los estudios modernos, porque ahora se les ha indicado el camino de llegar a alcanzarlo. Mientras la primera corriente seguía un concepto de símbolo externo, y la segunda un simbolismo interno, la tercera corriente se apoya en el simbolismo revelado teológico: de este modo el Corazón de Jesús, se pone en contacto con todos los dogmas de la fe (p. 300).

Cómo simplificar la devoción

Los problemas relativos a una presentación sencilla de la devoción, como reclama la mentalidad moderna, están viciados en su origen: la doctrina del Sagrado Corazón comprende un complejo de verdades y de aspectos y no puede ser simplificada. Un hombre de bronce, reducido en un solo elemento es inerte; y así resultaría la doctrina del Sagrado Corazón, si se quitase la distinción entre objeto material y formal, parcial y total (p. 301).

Falta aún escoger cuál de las presentaciones ofrece más ventajas y menos inconvenientes; pero esto por el momento, no ha sido hallado. La definición del simbolismo clásico, ofrece claridad pero es complicada. La definición del simbolismo propio de la teoría del corazón ético es simple; pero fundada en mentalidad platónica, es sólo accesible a personas culturalmente formadas (p. 301). La definición deducida del sentido bíblico, moral, dogmático y analógico, que hace relación con la auto-definición de Jesús: Yo soy el camino, la verdad y la vida, es propia de la mentalidad semítica y resulta menos clara a nuestra mentalidad (p. 302).

Cada una de estos sistemas, idénticos en sustancia, se diferencian accidentalmente y tienen ventajas e inconvenientes: solamente usados conjuntamente sirven para iluminar esta compleja doctrina. La contribución de todos los autores examinados en el libro, acerca de la doctrina sirve para tener un conocimiento por lo menos suficiente (p. 302).

La práctica de la devoción al Corazón de Jesús

a) Su importancia

Pero no se contenta el autor en dar doctrina especulativa, al final del libro da unas orientaciones muy estimables respecto a la práctica: la devoción al Sagrado Corazón, como todo el cris-

tianismo, está ordenada a la actuación práctica. Tiene por misión realizar la virtualidad infinita, que Jesús ha puesto en la abertura de su corazón; virtualidad que no se apoya en la humana sabiduría, sino en el poder de Dios (p. 302). Teniendo en cuenta estos principios los Sumos Pontífices, desde Pío IX hasta Paulo VI, han presentado la devoción al Sagrado Corazón como sumamente preciosa y necesaria para la práctica perfecta de la doctrina cristiana, principalmente en la práctica de la consagración, de la reparación, en la vida de la fe informada de la caridad, en el culto eucarístico, en la participación activa en la vida de la Iglesia, como Cuerpo Místico de Jesucristo (p. 303).

Los teólogos, haciéndose eco de las voces del Magisterio, han sacado preciosas conclusiones prácticas de la doctrina del Sagrado Corazón y han dado una explicación teológica a algunos ejercicios que presentaban interrogantes de naturaleza dogmática: tal, por ejemplo, sucede con la Gran Promesa, ligada a la práctica de los Primeros Viernes (p. 303).

b) Frutos de la práctica de la devoción

La experiencia práctica ha conducido a tres conclusiones: 1) Los efectos de la devoción al Corazón de Jesús se perciben generalmente, a gran distancia; 2) La devoción al Sagrado Corazón suscita un inmenso afecto y una iluminada confianza a la persona del Salvador. 3) Los resultados prácticos son ligados a las prácticas de devoción enseñadas por el Señor a Sta. Margarita María, y que han entrado en las costumbres de la Iglesia. Subvalorar todo esto con el pretexto de volver a las fuentes, es negar el sentido del desarrollo dogmático de la doctrina católica, y quitar valor y fundamento al hecho de la existencia de la Iglesia, que tiene precisamente la tarea de desarrollar y de actualizar aquello que Jesús ha dejado en germen. Si es indiscutible para todos que la fiesta y la liturgia de Corpus Christi han desarrollado aquello que ya recordaba el Jueves Santo; también ha de ser indiscutible para todos que la fiesta y la liturgia del Corazón de Jesús no hace otra cosa que desarrollar orgánicamente el misterio recordado el Viernes Santo (p. 304).

Con este resumen que hemos intentado hacer de el libro de Francesco Degli Esposti, Teología del Sagrado Corazón, creemos que hemos puesto de relieve la magnitud del trabajo realizado por el autor, que nos da el contenido, la idea principal y la clasificación de una gran cantidad de obras y trabajos que tratan de la devoción al Sagrado Corazón, casi nos atreveríamos a llamarla, como hemos indicado antes, una Enciclopedia de la Teología del Sagrado Corazón, pero no una enciclopedia disgregada, sino ordenada y valorada por medio de una crítica constructiva.

c) La humildad necesaria

Muy acertadamente y piadosamente, termina el autor con estas palabras: teológicamente el espíritu de la devoción al Sagrado Corazón, tal como se deduce de las enseñanzas de los Pontífices, de los teólogos y de la experiencia, debe estar penetrada de una gran humildad. Justamente Stierli advierte a propósito de la frialdad de muchos en la práctica de esta devoción: "Una parte negativa ejerce también en esto nuestra soberbia espiritual, que no quiere doblegarse ante una señal tan humilde de Dios, y nuestra pobreza de corazón, que nos impide entusiasmarnos por los afectos misteriosos del Corazón regio de nuestro Señor.

CASIMIRO PUIG, S. I.

NOTA: errores deslizados en la primera parte de este artículo:

pág. 222, col. 2, línea 2

dice: 1967

ha de decir: 1697

pág. 222, col. 2, línea 15 dice: antes de León XIII en favor del culto y autorizar...

ha de decir: antes de León XIII en favor del culto del Corazón de Jesús

se reduce a la condenación del Sínodo de Pistoya, contrario al culto y autorizar...

pág. 226, col. 2, línea 1 dice: por formar un único objeto de culto al Corazón solo.

ha de decir: para formar un único objeto del culto de adoración se encuentra en el simbolismo natural y revelado del Corazón. No es exacto, por lo tanto opinable, la teoría de aquellos que hacen objeto del culto al Corazón solo.

LIBERTAD CIENTIFICA Y OBEDIENCIA CRISTIANA

III

UN EJEMPLO PRECLARO Y ORIENTADOR - (CONTINUACION Y CONSECUENCIA FINAL)

Con el designio, sinceramente cristiano, patriótico y cultural, de recordar, cuanto cabe en el reducido marco de dos modestos artículos, el ejemplo excelso y aleccionador que Don Marcelino Menéndez y Pelayo nos dejó de una intrépida y del todo legítima libertad científica, armonizada con una perfecta obediencia cristiana; lo uno como hombre de ciencia; y lo otro, como hombre de fe y fidelísimo hijo de la Iglesia de Cristo; hemos presentado en un artículo anterior unos pocos pasajes, en verdad expresivos, entre otros mil que pudiéramos citar, de las obras del gran polígrafo, en que se nos muestra lo que él pensaba, y lo que en consecuencia tuvo como norma constante en su conducta, cuanto a la genuina libertad en el cultivo e investigación de la ciencia.

Así pudimos ver que la doctrina perenne de la Iglesia acerca de este asunto, recientemente expuesta y proclamada tan clara y brillantemente por la misma Iglesia en el Concilio Vaticano II, de la que dimos un breve y sistematizado resumen en el artículo primero sobre este tema, la puso en práctica con perdurable ejemplo el paladín de la Ciencia española de nuestra época.

Oportuno será ahora aducir más directamente el ejemplo que nos dio de rendida obediencia cristiana, armonizada con su libertad científica.

En todas las obras de Menéndez y Pelayo abundan profusamente magníficos testimonios de aquella su sincera y sumisa obediencia de fiel discípulo de Cristo, y que supo aunar de la manera más estrecha y ejemplar

con su razonable y también cristiana libertad como hombre de ciencia.

Tales testimonios son de dos clases o maneras, ambas verdaderamente orientadoras.

Unas veces, muchas, son declaraciones explícitas de su dócil y obediente sumisión a Dios Creador, a su Ley eterna, a Jesucristo Redentor y Fundador de la Iglesia, y al Magisterio de la Iglesia misma, columna y sostén de la verdad.

Otras veces, también con gran abundancia, son profesiones de fe cristiana y católica, que encierran en sí mismas, y aun manifiestan implícitamente, el mismo espíritu de obediencia; porque, en realidad, el acto de fe, bajo el impulso de la gracia divina, es el obsequio razonable del entendimiento humano, movido e imperado por la libre voluntad del hombre; obsequio a la verdad revelada por Dios, y por el motivo de la autoridad del mismo Dios, que revela sus verdades. Es, pues, el acto de fe la obediencia básica y fundamental del cristiano; es obediencia a la autoridad de Dios revelante. Y por lo mismo, toda profesión pública y sincera de la fe es una profesión de obediencia cristiana.

Ofreceremos ahora, entreverados, algunos de estos brillantes testimonios, de ambas dos clases; y lo haremos, para proceder con algún orden, en estos cuatro aspectos: en el campo de la Historia; en el terreno del arte; en la especulación ideológica; y en el conjunto de la obra científica y literaria.

I EN EL CAMPO DE LA HISTORIA

Ya en el año 1882, cuando terminó su gigantesca obra "Historia de los heterodoxos españoles", estampaba, al final de ella, esta protestación ejemplar de sumisión a la autoridad doctrinal de la Iglesia: "Todo lo contenido en estos libros, desde la primera palabra hasta la última, se somete al juicio y corrección de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, y de los Superiores de ella, con respecto filial y obediencia rendida".

Y en el discurso preliminar de aquella obra prodigiosa, afirmó con frases terminantes el espíritu con que la había escrito. Dice en la segunda edición: "Tracé tiempo atrás el plan de esta historia con espíritu *español y católico*". Y al final casi de su vida, en su apogeo de hombre de ciencia, no se avergonzó de hacer pública profesión de su Fe con aquellas palabras de viril valentía: "Gracias a Dios, no soy fatalista, ni he llegado ni llegaré nunca a dudar de la libertad humana. Católico soy; y como católico, afirmo la Providencia, la Revelación, el libre albedrío, la ley moral, bases de toda His-

toria". Los creyentes acogieron esta profesión con entusiasmo; los no creyentes, con admirado respeto.

Fue ciertamente el gran Apologista español de la Iglesia católica; pero este título de "Apologista" no le gustaba, y aun lo rechazaba, pues entendía no ser necesario que una Historia se califique de apologética, ya que este nombre la haría en algún modo sospechosa. Por eso escribió paladinamente:

"La materia de la Historia está fuera del historiador, a quien con ningún pretexto es lícito deformarla. No es tema de argumentación escolástica, ni de sutileza capciosa y abogacil, sino de psicología individual y social. La Apología, o más bien el reconocimiento de la misión alta y divina de la Iglesia en los destinos del género humano, brota de las entrañas de la historia misma; que cuanto más a fondo se conozca, más claro nos dejará columbrar su fin providencial. Flaca será la Fe de quien la sienta vacilar leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios ha querido probar a la Comunidad cristia-

na en el curso de las edades, para depurarla y acrisolarla". ¡Preciosa esta afirmación, y de actualidad vivísima en nuestros días, cuando son no pocos los que dicen que se les derrumba todo, al oír cosas tristes y peregrinas que ocurren en la Iglesia, pero que Dios, como en otros tiempos, las permite para mayor bien de la Iglesia misma y de sus hijos fieles.

Y prosigue: "Guiados por estos principios, grandes historiadores católicos de nuestros días han escrito con admirable imparcialidad la historia del Pontificado en los siglos xv y xvi, y la de los orígenes de la Reforma. Y no son pocos los eruditos protestantes que al tratar de estas épocas, y aun de otras más modernas, han rectificado noblemente algunas preocupaciones muy arraigadas en sus respectivas sectas. Aun la misma crítica racionalista, que lleva implícita la negación de lo sobrenatural y es incompatible con cualquier teología positiva, ha sido factor de extraordinaria importancia en el estudio de las antigüedades eclesiásticas, ya por las nuevas cuestiones que examina, ya por los aciertos parciales que logra en la historia externa y documental, que no es patrimonio exclusivo de nadie.

"Católicos, protestantes y racionalistas han trabajado simultáneamente en el grande edificio de la Historia Eclesiástica. Hijo sumiso de la Iglesia, no desconozco la distinta cualificación teológica que merecen, y la prudente

cautela que ha de emplearse en el manejo de las obras escritas con criterio heterodoxo. Pero no se las puede ignorar, ni dejar de aprovechar en todo lo que contienen de ciencia positiva; y así lo practican y profesan los historiadores católicos menos sospechosos de transacción con el error". Quien así escribía en tan sano y recto ecumenismo, ¡cómo hubiera gozado al ver que esas orientaciones y prácticas eran sancionadas y proclamadas por el reciente Concilio!

Y termina este punto: "Sin la Historia Eclesiástica (como ha dicho Hergenroether), no hay conocimiento completo de la ciencia cristiana, ni de la Historia universal, que tiene en el Cristianismo su centro. Si el historiador debe ser teólogo, el teólogo debe también ser historiador para dar cuenta del pasado de su Iglesia a quien le interrogue sobre él, o pretenda falsearle. La Historia Eclesiástica es una gran apología de la Iglesia y de sus dogmas, una prueba espléndida de su institución divina, de la belleza, siempre antigua y siempre nueva, de la Esposa de Cristo. Este estudio, cuando se profesa con gravedad y amor, trasciende benéficamente a la ciencia y a la vida, y la ilumina con sus resplandores". Sin pretenderlo, ni aun soñarlo, se retrató con estas palabras el que de ese modo profesó el estudio de la Historia de la Iglesia, y por ello fue iluminado con sus resplandores en toda su ciencia y en toda su vida.

II EN EL TERRENO DEL ARTE

Tanto como historiador, fue Menéndez y Pelayo artista de la palabra y eminente en la crítica literaria y artística. Es tentadora la abundancia y la riqueza de testimonios de fe y de obediencia cristiana, que en este dilatado terreno nos dejó el gran escritor; y no sabe uno qué tomar, ni qué dejar. Por vía de breve florilegio, vayan algunos.

De resonancia inmensa fue el llamado Brindis del Retiro; o sea, el que pronunció Menéndez y Pelayo, al final del banquete con que en el Parque del Retiro de Madrid se celebró la terminación de los actos conmemorativos del centenario de Calderón, el que con Sófocles y Shakespeare comparte el cetro de la poesía dramática universal. Y después de haber sobrelidado entre todos al tratar de "Calderón y su teatro", brindó así, ante el asombro de nacionales y extranjeros, católicos, protestantes y racionalistas:

"Yo no pensaba hablar; pero las alusiones que me han dirigido los señores que han hablado antes, me obligan a tomar la palabra. Brindo por lo que nadie ha brindado hasta ahora; por las grandes ideas que fueron alma e inspiración de los poemas calderonianos. En primer lugar, por la Fe Católica, Apostólica, Romana, que en siete siglos de lucha nos hizo reconquistar el patrio suelo; y que en los albores del Renacimiento, abrió a los castellanos las vírgenes selvas de América, y a los portugueses los fabulosos santuarios de la India. Por la Fe católica, que es el substrátum, la esencia y lo más grande y lo más hermoso de nuestra teología, de nuestra filoso-

fía, de nuestra literatura y de nuestro arte". Y terminó: "Y digo y declaro firmemente que no me adhiero al centenario en lo que tiene de fiesta semipagana, informada por principios que aborrezco, y que poco habían de agradar a tan cristiano poeta, como Calderón, si levantase la cabeza". Se necesitaba intrepidez de convicción y firmeza de Fe para hablar así ante aquel auditorio.

Tratando del arte y de la Fe cristiana, y comentando con gran alteza de pensamiento y calor de emoción las Conferencias del P. Félix, S. I., en Nuestra Señora de París sobre el progreso por medio del arte cristiano, escribió con mente de teólogo y con inspiración de artista estas bellísimas palabras:

"La síntesis de todas estas grandiosas efusiones es un himno admirable a Jesucristo. Verbo de Dios encarnado. Imagen de la sustancia del Padre y resplandor de su gloria; centro vivo del arte y foco eterno de la belleza.

"Por medio del dogma de la creación, el Cristianismo consagra la base eterna del arte; es decir, la distinción absoluta entre el Creador y la criatura, entre lo finito y lo infinito, entre el mundo y Dios, entre lo real y lo ideal.

"Con el dogma de la Encarnación, que es su dogma cardinal, reveló a la humanidad, en la figura del Hombre-Dios, el tipo más perfecto de la belleza física y de la belleza moral, el esplendor del cuerpo realzado por el esplendor del alma, y transfigurados uno y otro por la Divinidad; es decir, por el Verbo divino, hipostática-

mente unido a la naturaleza humana. Porque Cristo es todo bien y toda hermosura; y es a un tiempo carne, alma y Divinidad; carne que resume en sí la perfección física, y concentra en su belleza armónica todas las bellezas esparcidas en la creación; alma la más pura y perfecta que ha existido nunca, y que difunde sobre el cuerpo una irradiación de grandeza y de amor; Divinidad, finalmente, que penetra a través de toda esta belleza física y moral. Jesucristo es el ideal vivo y eterno del arte y de la humanidad. Todo lo que resuena, lo que brilla o lo que canta junto al Altar católico, es, bajo esta o aquella forma, una imagen más o menos incompleta de Jesucristo, un rayo, un reflejo, una palabra, un acento suyo, una armonía, una belleza inspirada por su amor" (Hist. de las Id. Est., T. VIII, c. 5).

Y en otra ocasión, y con igual anhelo de hacer ver la grandeza del arte cristiano: "Un nuevo tipo de belleza espiritual amaneció para el mundo; y la Sangre del Cal-

vario, cayendo gota a gota sobre las frentes redimidas, hizo brotar la semilla de incógnitos anhelos, de místicas fruiciones, de trágicas angustias, que son jugo y savia del arte moderno, hasta cuando parece más olvidadizo de su origen y del sello cristiano que lleva impreso desde la cuna. La poesía lírica y la música, que son las artes subjetivas por excelencia, sólo han respirado plenamente en esta atmósfera de libertad interior y de expansión indefinida. La poesía narrativa, enriquecida con el tesoro de los Libros Sagrados y con el inmenso caudal de las leyendas hagiográficas, ha alumbrado incógnitas fuentes del sentimiento, y nos ha mostrado una humanidad más interesante que la que lidiaba en torno a los muros de Ilión o de Tebas. El templo cristiano de la Edad Media fue, no la estrecha celda del dios particular o de una tribu, sino la morada del Dios vivo y del Padre común" (Disc. en el 50 aniv. de la Inn. Conc.; Sevilla, 1904).

Y a este tenor, otros innumerables pasajes.

III EN LA ESPECULACION IDEOLOGICA

En el mismo discurso del que hemos tomado el último testimonio, describió con intuición genial la realidad de aquel su tiempo, hace medio siglo; y trazó como con visión profética el cuadro de nuestros días:

"La idea rige el mundo; y más que otra idea, la Idea suprema, en quien todas se refunden. Hay cuestiones sociales, filosóficas, estéticas; pero hay en el fondo de todo una cuestión teológica, como se ha dicho muchas veces; o, más bien, no hay tal cuestión, sino la Luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo... Pero no todos vieron la luz; y algunos, después de vista, le volvieron la espalda; y el mundo continúa entregado a las disputas de los hombres, nunca más acerbas y rencoresas que en la hora presente.

"Por ventura, no es mayor hoy el desorden moral que lo fue en pasados siglos; pero es más honda la anarquía intelectual, más triste el divorcio de las almas; es más honda la sequedad del opulento, más exasperada la ira del débil, más recio e impenetrable el egoísmo de los pueblos y de los hombres. Parece que el bálsamo de Galaad (la caridad cristiana) se va extinguiendo; que el torrente de las lágrimas se va secando, y que la caridad, aun la humana, como de la justicia fingieron los poetas antiguos, está próxima a desamparar la tierra.

"Y si la ley de bronce de la justicia no puede desaparecer del mundo sin que crujan los ejes del edificio social, ¡qué soledad, qué desamparo no habría de dejar en

nosotros, si nos dejase, la dulce ley de la Caridad, que con trama invisible de seda y oro liga las almas!

"Ni la tétrica fantasía del poeta inglés, que pintó la consternación de los últimos seres humanos ante la desaparición de la luz en el mundo, bastaría para igualar los horrores con que la ola creciente del ateísmo científico, decorado con diversos nombres; y la ola, todavía más negra, rugiente y avasalladora del ateísmo práctico, amagan a un mundo nuevo, en que serán palabras vanas las de humildad y resignación; en que todo se reclamará como derecho, y nada se impondrá como deber; en que la ética será una superstición tan trasnochada como la metafísica que le sirve de fundamento; en que la conciencia será una ilusión del hábito, producida por la repetición de fenómenos idénticos; y el principio de causalidad una mera ley de asociación; y el derecho una evolución perfeccionada y gradual de bestiales instintos, sin más obligación ni sanción que la que imponga por la fuerza el interés común, tan precario y movido, de los asociados.

"A todas partes trasciende el contagio, y en todas partes hay que atajarle. Nace de aquí una obligación moral que todos tenemos, aun los más humildes, y que puede convertirse en mandato imperativo cuando la lucha arrecia."

En este punto baste este testimonio, que vale por muchos.

IV EN EL CONJUNTO DE TODA SU OBRA CIENTIFICA Y LITERARIA

He aquí los seguros principios que le rigieron, y que proclamó con maravillosa firmeza y claridad. Por ejemplo en este pasaje:

"Si la Ciencia y la Fe proceden del mismo principio, ¿cómo no han de ser hermanas amorosísimas? Si Dios puso en el alma la luz del entendimiento, y le dio inclinación nativa para conocer y amar la verdad, y no para

abrazar el absurdo, ¿cómo no ha de tender la razón a su perfección y término, aun después de oscurecida y degradada por el pecado original, cuánto más después de regenerada e ilustrada por el beneficio de Cristo?

"Si la razón es luz de luz, interviniendo el concurso divino en el acto de conocer nuestro entendimiento la verdad; si está signada sobre nosotros la lumbre del

Señor, ¿quién osará decir que la Ciencia es enemiga de aquella altísima revelación que Dios, por un acto de infinito amor, se dignó comunicar a los hombre? Sólo los defensores de la soñada independencia y autonomía de la razón; como si la razón sin Dios, y entregada a sus propias fuerzas, no fuese guía flaquísima y vacilante, y no tropezase y cayese en lo más esencial, quebrantándose y rompiéndose contra infinitas barreras. Pobre y triste cosa es la Ciencia humana, cuando la luz de lo alto no la ilumina. Por todas partes límites, deficiencias, contradicciones y nudos inextricables. Y, al fin de la jornada, sed que no se sacia y hambre que se torna más áspera cuando cree estar más cerca de la hartura.”

De la carta en que presentó su candidatura a diputado a Cortes, por la circunscripción de Zaragoza (23 de enero de 1891), es la siguiente profesión de fe: “Ante todo, profeso íntegramente la doctrina católica, no sólo como absoluta verdad religiosa, sino como complemento y perfección de toda verdad en el orden social, y como clave de la grandeza histórica de nuestra Patria. Los intereses de la Iglesia serán, pues, defendidos por mí antes que ningunos otros, con independencia de toda doctrina política”.

Tal fue la norma en toda su obra científica y literaria; como también lo podemos ver, y de manera más completa, en este último testimonio, que es de un memorable discurso, pronunciado con motivo del 25 aniversario de la coronación de León XIII:

“Yo, señores, merced al auxilio de la divina gracia, he conservado intacto el tesoro de la Fe, en medio de las revueltas aventuras intelectuales que forzosamente corre en nuestros tiempos todo espíritu investigador y curioso.

”Pertenezco, por la inmensa misericordia de Dios, al mundo de los creyentes, y no al de los escépticos.

”No hay estado ni condición, por humilde que sea, y por profano que parezca, en que no puedan florecer las esperanzas inmortales que anticipan el galardón prometido al que persevera en la senda de la piedad y de la justicia.

”Dios, que tuvo misericordia del pueblo gentil y del publicano, no ha de desoír los ruegos de estos pequeñuelos, llamados artistas, literatos y científicos, que con lim-

pio corazón busquen su huella a través de las pompas de la naturaleza, de los sangrientos y ejemplares castigos de la historia, de los prodigios del razonamiento y del análisis, que dominan la materia rebelde, y la miden y pesan, y especulan e inducen sobre ella para convertirla en dócil instrumento del hombre; y, finalmente, a través del triunfal cortejo de formas vivas que, realizando la obra simbólica y suprema de la fantasía, animan con vida palpitante y densa las grandes masas arquitectónicas; respiran con aliento humano en el mármol, en el bronce, en la talla, en el lienzo; o se difunden en las ondas del verbo sonoro, ya sujeto al yugo del ritmo poético, ya independiente de él, para recrear la mente de los humanos con fugace aspiraciones y vislumbres de una idealidad más alta.

”Porque dondequiera que se encuentre el sello de lo genial y creador, allí está el soplo y el aliento de Dios, que es el Creador por excelencia; dondequiera que esté la verdad científica o histórica, allí está Dios, que es la verdad esencial y el fundamento de toda realidad; de tal manera, que implicaría contradicción en su esencia el que hubiese algún género de verdad que en Él atraigan nuestra vista las perfecciones, ya naturales, ya artificiales, allí encontraremos el rastro y las pisadas de Dios, y a cada momento habremos de repetir con el sublime Doctor del Carmelo: ‘Mil gracias, derramando, — Pasó por estos sotos con presura; — Y yéndolos mirando, — Con sola su figura, — Vestidos los dejó de su hermosura’”.

La sincera obediencia de Menéndez y Pelayo a la Fe cristiana y a la Iglesia Católica no cortó las alas a su genio inmortal, genio investigador, en su vuelo sereno por los horizontes amplísimos de la ciencia y del arte. No se consideró atado ni cohibido por la verdad dogmática, reflejo de la verdad divina, que profesa con adhesión firmísima e inquebrantable, y la proclama, humilde y valientemente, ante todos y en todas sus obras. Su convencida sumisión a la revelación de Dios y a su depositaria e intérprete infalible, la Iglesia Católica, no le impidió nunca el más generoso avance y el más libérrimo progreso en el campo científico, histórico y artístico. Todo lo contrario; con su cristiana obediencia se sintió plenamente seguro para su libre investigación de hombre de ciencia.

CONSECUENCIA FINAL

No puede ser otra, sino ésta, después de todo lo antedicho: vuelva la actual generación a su grande y verdadero orientador; y que lo sea de las futuras generaciones, Menéndez y Pelayo.

Triste hado ha sido de la juventud española de nuestros días, y de una gran mayoría de hombres no jóvenes, dedicados unos y otros al estudio e investigación de las variadas ramas del árbol grandioso de la Ciencia, el no haber escogido y tomado como guía y orientador de su cultura, y como maestro insuperado en el pensar recta-

mente y en el decir bellamente, al que mejor que nadie debía haberlo sido; al que a todos podía dirigirles con plena seguridad en sus estudios, investigaciones y escritos científicos y literarios; al que hubiese sido su faro de luz inextinguible en los derroteros del mar de las ciencias, y con cuyo resplandor hubiesen evitado naufragar entre sus ondas, o ir a dar en la escollera del error y de la anarquía científica.

Mas, ¡oh dolor y desdicha!; en vez de seguir a Menéndez y Pelayo, ha preferido incautamente la juventud

española, y aun no pocos hombres de edad madura, seguir "orientaciones sin oriente", en frase del gran Obispo de Vich, Torras y Bages; han ido a tomar como guías y mentores de su pensamiento, de su cultura y de su arte literario, a Ortega y Gasset, a Unamuno, y a otros por el estilo; los cuales, en vez de mostrarles con acierto y según los cánones rectos de la verdad científica en todas las disciplinas del saber humano, los caminos que llevan a la posesión de la verdad, les han imbuido, aun en medio de los innegables méritos que les circundan como pensadores y escritores, y precisamente por este señuelo y atractivo, verdades con mezcla de errores: o semiverdades, con indecisos contornos entre lo objetivo y lo subjetivo, entre lo real y lo imaginario; y han pretendido llevarles sobre sus alas inseguras en sus atrevidas incursiones aun por el horizonte de la ciencia teológica, por donde no puede moverse con vuelo acertado y bien dirigido, si no se tienen estudios muy fundamentados sobre la ciencia de Dios.

Y así ha sucedido que en lugar de aprender los jóvenes y hombres de hoy lo que en los Maestros siempre se debe buscar: el criterio seguro en toda ciencia, la orientación recta en todo conocimiento, han sacado criterios equivocados o fluctuantes, "orientaciones sin oriente".

¡Ah!, es que dichos autores han seducido a muchos espíritus generosos de la actual generación con la brillantez de su estilo, con el espejismo de sus ensayos

cautivadores, con la magia de sus antítesis sorprendentes, con sus audaces paradojas, con sus ocurrencias geniales, pero al fin y al cabo ocurrencias subjetivas, sin sólido cimiento de verdad objetiva, y con el preciosismo de su estilo literario. Con la lectura asidua de tales autores, han quedado muchos estudiantes y aun profesores, aun sin notarlo, alucinados, encandilados y atraídos por sirenas de forma bella y de canto sorprendente; empero con grave daño para su espíritu y su vida.

Siempre ha sido grande el peligro de la ambigüedad cuando se expresa con palabras hermosas; y nunca son más engañosas las falacias que cuando se envuelven en el ropaje de un estilo deslumbrador. Nunca el veneno del error o de la desviación moral es más peligroso que cuando los sofismas son brindados en copas de oro, y son libadas bajo el encanto de una bella sinfonía de palabras.

En nuestro caso el perjuicio ha sido enorme y de muy difícil remedio. Tanto revolotear la mariposa alrededor de una llama que le atrae con su incandescente y hermoso brillo, que, al acercarse más y más en vuelo desatentado a la llama, se le queman las alas; y... ya no puede volar.

Quienes todavía quieran volar, vuelvan al Maestro y Orientador, que restaurará sus alas, y les llevará por la libertad científica, armonizada con la obediencia cristiana, a la posesión de la verdad, de toda verdad, humana y divina.

ROBERTO CAYUELA, S. I.



El Profesor José M.^a Alsina en México

Desde estas páginas queremos saludar a nuestro compañero de redacción José M.^a Alsina Roca, contratado recientemente por la Universidad Autónoma de Guadalajara (Jalisco, México) para profesar la Historia de las Doctrinas Económicas.

Deseamos éxito y fecundidad a la tarea del joven y prestigioso profesor cuya vocación surgió en el círculo de Schola Cordis Iesu. Que su estancia en el país hermano constituya una contribución a la comunión de ideales hispánicos.

La traducción del Canon Romano de la Misa

(Continuación)

5.º la traducción enmendada es más rítmica y, de consiguiente, más bella y de más fácil recitación en voz alta. Un ejemplo, el de los tres primeros miembros del *Te igitur*: las sílabas acentuadas las pongo aquí correspondiendo a rayas verticales entre las que señalo el número de sílabas que median entre uno y otro acento:

	”	”	”	”	”	”	”	”	”	”
Trad. ofic.:	A	ti	pues	Padre	misericordioso					
	1	”	1	”	1	2	3	4	5	”
	”	”	”	”	”	”	”	”	”	”
	”	”	”	”	”	”	”	”	”	”
	”	”	”	”	”	”	”	”	”	”
Trad. enmend.:	A	ti	pues	cle-men-ti-----si-mo	Pa-dre					
	1	2	”	1	2	”	1	2	”	2,2,2
	”	”	”	”	”	”	”	”	”	”
	”	”	”	”	”	”	”	”	”	”
	”	”	”	”	”	”	”	”	”	”
T. of.:	te	pe--dimos	humil-de-men-te							
	1	2	”	1	2	”	1	”	”	2,2,1
	”	”	”	”	”	”	”	”	”	”
	”	”	”	”	”	”	”	”	”	”
T. enm.:	hu-mil-de---men-te	te	ro-ga-mos	y	pe-dimos					
	1	”	1	”	1	”	1	”	1	1,1,1..
	”	”	”	”	”	”	”	”	”	”
	1	”	1	2	3	”	1	”	1	2
	”	”	”	”	”	”	”	”	3	”
	”	”	”	”	”	”	”	”	”	1,3,1,3
	”	”	”	”	”	”	”	”	”	”
Trad. of.:	”	”	”	”	”	”	”	”	”	”
	por	Jesu---cris-----to	tuHi-----jo	nuestro	Señor					
	1	2	3	”	1	”	1	”	1	2
	”	”	”	”	”	”	”	”	”	”
Trad. enm.:	”	”	”	”	”	”	”	”	”	”
	por	tuHi-joy	Se-ñor	nuestro	Jesu-cris-to	”	”	”	”	”
	1	”	1	2	3	”	1	2	3	”
	”	”	”	”	”	”	”	”	”	”
	”	”	”	”	”	”	”	”	”	1,3,3

La irregularidad en el número de sílabas átonas en la traducción oficial, en contraste con la regularidad en la traducción enmendada (p. ej.: 3,1,1,2 contra 1,3,3 respectivamente) hace a ésta muy superior a aquélla rítmicamente. Se podrían ampliar con otros muchísimos los tres ejemplos precedentes, pero no es necesario alargarse, pues es patente que la traducción oficial no ha tenido en cuenta el factor rítmico, que nunca conviene echar en olvido en un texto compuesto para ser recitado en voz alta.

B *Meménto, Dómine, famulórum...*

1) La palabra *fámulus* significa siervo, sirviente, servidor, criado, doméstico. Aunque la misma raíz da también lugar a la palabra tanto latina como castellana *familia*, el significado latino de ésta no es el mismo que

el corriente en el actual castellano: significa “la servidumbre” o “el servicio” o conjunto de sirvientes, criados y domésticos. Los romanos (incluidos los del tiempo del Canon) decían *gens* para expresar nuestro “familia”. Sin negar, por supuesto, que somos hijos de Dios, lo que dice el *Meménto* latino es “siervos y siervas”, y así hay que traducirlo, si queremos guardar fidelidad al texto original cuando traducimos. (Cfr., por otra parte, las locuciones corrientes en castellano “un siervo de Dios” o “el Papa, siervo de los siervos de Dios”).

a) Es de notar, además, una inconsecuencia: en el *Meménto*, la traducción oficial pone “hijos” refiriéndose indistintamente a cualquier clase de personas (alguna de las cuales puede que de hecho no sea “hijo”, por estar en pecado y, consiguientemente, sin gracia santificante, que es lo que nos hace “hijos” de Dios); y, en cambio, más adelante dice la misma traducción “por eso, Señor, nosotros tus siervos”, los cuales “siervos” es con toda certeza el sacerdote que celebra, el cual no es ni más “siervo” ni menos “hijo” que aquéllos por quienes ora en el *Meménto*.

2) La traducción oficial omite, sin que acierte a comprender la razón de esta omisión, el ofrecer “por (en provecho de) sí mismos”.

3) Sin duda ninguna “el perdón de los pecados” es por lo menos parte de la “redención de las almas”. Pero el original latino no habla aquí de “perdón”, sino de “redención”; con esta palabra sin duda hay que traducirlo.

4) La misma inexactitud de traducción parece hay que notar en “la salvación que esperan” en vez de lo literal “su esperanza de salvación...”

5) El texto original, después de decir *spe salútis*, añade *incolumitátis*. Ignoro por qué se ha omitido en la traducción oficial. En la “traducción enmendada” he escrito “salvación ETERNA (ESPIRITUAL)” e “incolumidad TEMPORAL (CORPORAL)” de acuerdo con la razonable interpretación de JUNGSMANN.¹

6) En la traducción oficial, juzgo que el haber dejado para el final del párrafo el complemento “a ti, eterno Dios vivo y verdadero” ha estropeado el fraseo, el ritmo y la claridad. La fidelidad en la traducción no exige la idéntica colocación de miembros de la frase en la traducción: la misma traducción oficial ha cambiado de lugar el miembro *tibi offerimus vel qui tibi offerunt hoc sacrificium laudis*.

7) La traducción de *tibique reddunt vota sua* no es nada fácil. La traducción oficial pasa por alto esta frase,

¹B. 1. O. y l. c. n. 213.

y la omite. *Votum* puede significar "voto" y puede significar "deseo". La frase *reddere vota* significa, y es bien conocida esta significación, "cumplir votos". Basándome en este significado, escribí en mi borrador "te presentan sus homenajes", entendiendo que estos "homenajes" a Dios son el cumplimiento de un deseo y en cierto modo *compromiso* de honrar a Dios con el santo Sacrificio. Ante la inseguridad de la traducción (ante la inseguridad de reflejar fielmente el pensamiento del texto original) rebusqué en algunos buenos misalitos. Feder trae "ils vous adressent leurs prières"; García Goldáraz, a su vez, "te encomiendan sus deseos"; y opté de momento por cambiar la traducción, y poner, bien que un poco a regañadientes, "dirigen a ti sus aspiraciones". Pero vino en mi auxilio JUNG MANN,² que relaciona las frases del *Meménto* con el Ps. 49, 14: *Immola Deo sacrificium laudis, et redde Altissimo vota tua*, y, en consecuencia, interpreta el *reddunt vota* como la entrega u ofrecimiento de "un don, el sacrificio, en que se acentúa algo más la nota en sí común a todos los sacrificios, de prestación debida". De acuerdo con esta interpretación, he puesto finalmente "presentan sus homenajes de obligado culto".

C *Communicántes*.

1) "reunidos en comunión", como adopta la traducción oficial, es término que la gente no entiende; además de que *communicántes* nada dice de "reunión". Desde luego, tampoco tiene nada de fácil traducir ese término latino del Canon. Si admitimos la explicación de JUNG MANN¹ de que el *Communicántes* va unido al *Meménto*, parece más lógico, aun con los inconvenientes que consigo trae la paráfrasis, escribir lo que va en la traducción enmendada: "Unidos en comunidad de bienes..."

2) *sed et beáti...* La traducción oficial prescinde sistemáticamente de esta locución adverbio-conjuncional *sed et* (formada por dos palabras que se traducen literalmente por "pero y"), que ciertamente no es de la Latinidad clásica, pero que se emplea mucho en latín eclesiástico y no de ínfima categoría. Equivale, por consiguiente, a nuestro "también, asimismo, igualmente", y así lo he vertido en la "traducción enmendada" cuantas veces lo trae el texto original, pues entiendo que no sólo no es en el texto original un ripio o cascote para el ritmo de la frase, sino, al contrario, una forma, intencionadamente usada por el autor para contraponer dos ideas, que no debe dejarse sin su equivalencia en la traducción.

3) "de la MISMA Virgen...". Es traducción literal del original latino: *eiúsdem Virginis*, y necesaria, además (bien que la traducción oficial no lo ponga), porque entre "la gloriosa siempre Virgen María" y "su esposo" hay, también en la traducción oficial, un inciso nada corto en

que la atención del lector o del oyente es reclamada por la mención de otra Persona: "Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor". Estimo, por otra parte, y entiéndase en todos los demás casos que seguirán, que la fidelidad en la traducción exige, salvo raras excepciones, decir "mismo" cuando el texto latino trae *idem* o *ipse*.

4) "la de tus santos Apóstoles...". El original latino trae *tuórum* (genitivo plural de *tuis*). No veo ninguna razón para sustituir "tus" por "los", como hace la traducción oficial, cuando es mucha mayor verdad "tus santos", los "de Dios", que simplemente "los santos". Entiéndase también esto en otros varios casos que se dan en la traducción.

5) "por cuyos méritos...". He adoptado la traducción literal "cuyos" del original *quórum*. El castellano es, entre las lenguas modernas, una de las que más (si ya no la que más) posee la característica de su riqueza en posibilidad, elegancia y vigor lógico-gramatical de oraciones de relativo (en lo cual podemos llamar a nuestra lengua heredera del latín y del griego), y en riqueza de formas gramaticales de los relativos (con preposición o sin ella) de que carecen otras lenguas ("que, quien, el cual; cuyo, etc."). Sin embargo, en las traducciones oficiales (no me refiero a sola la del Canon), las oraciones de relativo, tan características — repito — del castellano, parece que padecen sistemática persecución (cfr. p. ej. las colectas de las Misas), con gran empobrecimiento del lenguaje, de la trabazón lógica de ideas expresadas y pérdida del ritmo de la frase. (Compárense p. ej. estas dos frases: "veneramos la memoria de los santos; por sus méritos concédenos su protección" y esta otra: "veneramos la memoria de los santos, por cuyos méritos concédenos tu protección". La primera frase exige, en su lectura, un corte rítmico, parada o suspensión; la segunda pide una modulación de voz sin corte en la frase). El hecho de que en el lenguaje hablado vulgar sean poco frecuentes las oraciones de relativo (o las incorrectamente construidas con él) no es razón suficiente para suprimirlas en un texto escrito, y menos como traducción de un texto que las tiene, mayormente si se trata de un texto noble, legal, sagrado, litúrgico, que no ha de imitar la vulgaridad ni caer en la plebeyez, y cuando no pierde inteligibilidad por el uso del relativo.

6) El texto latino no pide simplemente la "protección" divina, sino que *muniamur*: seamos amurallados, provistos, defendidos... Creo que lo menos que se puede poner es "gozar de tu protección".

7) "Por el MISMO Cristo...". No insistiré más en este asunto. Es uno de los casos a que me he referido en 3).

D *Hanc ígitur*.

1) La traducción oficial ha omitido la de *ígitur*.

2) Ha omitido también la traducción de *quaésumus* no sólo en este caso particular, sino en cuantas ocasiones lo trae el Canon. Véase arriba A 8).

2. Id. 214.

C. 1. Id. n. 218, en el que cita a SUÁREZ, *De Sacramentis*, I, 83, 2, 7.

3) *placátus* no es “bondad” como interpreta la traducción oficial. El equivalente exacto sería “aplacado”; me parece que aquí cae mejor “benévolo” o “con benevolencia”.

4) *servitutis nostrae* se refiere al sacerdote que celebra (“nuestro servicio, nuestra servidumbre, nuestra condición de siervos”); *familiae tuae*, que viene a continuación, a la comunidad o conjunto de “siervos del Señor”. Esta distinción de persona por una parte y grupo por la otra (con oficios esencialmente diversos cuanto a ofrecer el Sacrificio) no aparece en la traducción oficial (en la que, por otro lado, *servitus* — cosa, oficio, condición — viene traducido por “siervo” — persona —, y en la que *familia*, como he dicho en B 1), no significa lo que los fieles entienden cuando oyen “familia”). Me ha parecido conveniente, para mejor distinguir, explicitar con la añadidura “ministerial” (servicio ministerial), que no está explícito en el original, pero sí implícito. Adviértase que la traducción oficial no ha vertido tampoco el *sed et* (*cunctae familiae tuae*).

5) También pasa por alto la traducción oficial el *grege*, que podía muy bien haberse traducido no sólo por fidelidad al original, sino también para mayor viveza de lenguaje figurado.

E *Quam oblationem.*

Las proporcionalmente numerosas omisiones de la traducción oficial en esta plegaria quedan patentes observando las rayas que en la columna central vienen en

frente de los correspondientes textos latino y “traducción enmendada”. En realidad, más que de una traducción (me refiero a la columna central), se trata de un resumen, extracto o compendio. Por otra parte, basta leer primero la traducción oficial y después la enmendada (o al revés) para advertir en seguida la diferente riqueza de contenido, de expresión y de ritmo. En concreto:

1) “oh Padre” no es traducción de *Deus*.

2) Se pasa por alto (en la traducción oficial) *in ómnibus*.

3) El original contiene una bella gradación (tan de estilo jurídico como se quiera y tan difícil de traducir como pueda resultar), que constituye la esencia y la característica de esta plegaria: *benedictam, adscriptam, ratam, rationabilem, acceptabilem*; de esta gradación no queda ni rastro en la traducción oficial, que no puede, por tanto, decirse traducción.

4) “haciéndola espiritual” no me parece que esté ni siquiera implícito en el texto original, ni al menos en *rationabilem*, que no siempre puede traducirse por “espiritual” (ni aun en Rom. 12, 1: λογικός — log(u)ikós —). Ni tampoco creo que nadie haya nunca entendido que la conversión o transustanciación del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo “haga espiritual” esta “ofrenda” (de pan y vino o del Cuerpo y de la Sangre del Señor).

5) El texto original dice *ut NOBIS... fiat*. Ese *nobis* está omitido en la traducción oficial.

(Continuará)

ANTONIO UDINA MARTORELL, S. I.

En el próximo número

publicaremos, D. m., un amplio estudio sobre los

FALSOS MESIANISMOS

en los que la humanidad ha esperado y espera su razón de ser y su salvación. Unos que han desvirtuado el mensaje del verdadero Mesías y otros que han prescindido completamente de Él. Como los judíos que esperaban un redentor cuya única misión fuera librarles de la dominación extranjera e instaurar una paz exclusivamente material, cada vez un mayor número de personas buscan un adalid o una doctrina que les conduzca a una «tierra prometida» en este mundo.

El número incluirá artículos originales de nuestros habituales colaboradores y amplia documentación como es norma en esta clase de trabajos monográficos.

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

(Continuación)

XIII

RUSIA: EL GRAN IMPERIO PSEUDO TEOLÓGICO

El alma rusa

Y ahora vamos a desentrañar un poco, si podemos, el misterio del alma rusa.

¡El alma rusa! Difícil empeño. Lejana, enorme, para nosotros casi desconocida, querer penetrar en ella suena a pedantería. Y el fácil tópico — peligro a incurrir en él — puede conducirnos a repetir conceptos hartamente vulgares derivados superficialmente de una literatura, de una música, de un arte, sin duda remarcables, que se han venido popularizando. Pero el alma rusa es algo más profundo: es un arcano.

Geopolítica, trashumancia, inmensidad

Si examinamos lo que, quizá menos profundamente en lo espiritual, aun cuando no sin acierto, se entiende por geo-política, para remontarnos luego, bastante más arriba, al oteo de los caminos de la Historia, veremos el papel trascendental que, en la vida de Europa y del mundo, tienen estas inmensas llanuras, bosques y estepas que alcanzan la mitad territorial de nuestro pequeño Continente y enlaza con las inmensidades del Continente vecino, el asiático, el mayor del Orbe.

Inmensas llanuras, no pobres, en general, contra lo que se cree, superiores en fertilidad a la de muchos otros países, se prestaban — por extraña paradoja — más a la trashumancia que al establecimiento. Se comprende que ellas acogiesen las hordas y tribus provenientes de los enormes desiertos inhóspitos de lo que llamamos el Asia Central, el Turkeistán, la Persia, toda esta tristísima zona del Mundo; mas no se comprende que, llegados a tan buen país, estas hordas y estas tribus siguiesen su migración hacia Occidente. No es extraño cuando se trataba de invadir las pródidas zonas del Norte-Centro-Occidente de Europa (Germania, Galias, las Bretañas), mas sí lo era una carrera hacia las zonas de nuestro Mediterráneo, del “Mare Nostrum”, singularmente España, tan áridas y pobres, con su eterno sol, con su esterilidad. Salvo si en ello vemos un providencial y superior designio.

Sea como sea, la inmensa extensión de lo que actualmente llamamos Rusia, se prestaba, geopolíticamente, al transporte y trashumancia. Sus grandes ríos, con su red de afluentes, proveían un transporte fluvial fácil entre aquellas estepas y bosques inmensos, tierras de

pan llevar y de caza. Los larguísimos Volga y Kama, el Don y el Donetz, el Dnieper y el Pripet, el Bug y el Dniester, y en el Norte, el Dwina, el Neva, el Duna, el Niemen y el Vístula, en fin, toda esta red aseguraba a los invasores lugares fáciles y acogedores donde plantar sus tiendas.

Y así vemos como la enumeración de los invasores tales, es la propia historia de los pueblos de Europa. Ya en la antigüedad, vemos a los íberos descender del Cáucaso, y, más tarde, en pleno esplendor del Imperio romano, en sus fronteras, a Hunos y Alanos, Vándalos, Ostrogodos y Visigodos, Hérulos, agrupados un poco simplísticamente por los procuradores de Roma — como más tarde por Napoleón — bajo la denominación común de Sármatas y de Escitas. Y empujándose unos a otros. Un invasor, lo era, por cuanto huía de un perseguidor mayor que le pisaba los talones. Oleadas de la gran Caravana humana.

En plena Edad Media, es el Imperio de la Horda de Oro, de los Mogoles (siglos XIII y XIV) que llega ya hasta la siempre predestinada y sufriente Polonia, en tanto que surge, al Este de la Marca de los Caballeros Teutónicos, el Reino o Gran Ducado de Lituania, abrazando estas siempre germánicas y especiales Provincias bálticas (unos alemanes, orgullosos de su origen, pero que jamás quisieron ingresar en la gran Alemania). Y, en fin, el núcleo de lo que había de ser Rusia. Estado aún poco definido, cuya base era el llamado país de Wladimir o de Moscowa, y, más al Norte, registraba la tan extraña como escasamente conocida llamada República de Nowgorod (luego Ducado). Para convertirse luego en el núcleo del Imperio Moscovita.

La extensión de los Turcos, que llegó a inundar el Cáucaso y todo el Norte del mismo, y los restos de los dominios tártaros, habían — contemporáneamente a la época del Renacimiento y de la Reforma —, de establecer los Khanatos de Astrakan (Volga y Caspio), Kanato de Crimea, en tanto que el Gran Ducado de Lituania, personificando entonces a Ucrania, arribaba hasta el propio mar Negro.

Y surge el pueblo dominador

Encima de todo este “caravanserail” de pueblos y de razas, como siempre, surge uno — generalmente el más pobre y brutal — que es el dominador. Aquí es el pue-

blo que propiamente llamamos ruso, y cuya prolongación norteña llegaba hasta el Báltico y Finlandia en el golfo de Cronstadt, herencia del antes citado viejo Ducado de Novgorod. Iván I había sido su fundador en 1340. Vasili III fue quien, en 1462 — consecuencia de la caída de Constantinopla, y, por tanto, destrucción de la escasa unidad existente entre las Iglesias auto-céfalas de Oriente —, se arrogó como Zar (César), el poder espiritual, proclamándose Jefe de la Iglesia. Fue, pues, el verdadero fundador de la “Santa Rusia”, estado desde aquel momento pseudo-teocrático, expresión perfecta del Cesaro-papismo, y que había de ir extendiéndose y dominando inmensidades: desde el Océano Ártico y Ducado de Finlandia (casi siempre autónomo), hasta el Mar Negro y el Caspio para extenderse luego por la Siberia (el Asia entera), hasta el Pacífico. Y la cristiana Polonia había de ser la primera mártir propicia de tal extensión.

Sus más característicos Zares: Iván el Terrible (1584), las anécdotas y la época de Boris Goudonoff. Miguel Romanoff (1645) fue el fundador de la Dinastía que debía permanecer hasta el fin, en la I Gran Guerra Mundial.

Tras muchas vicisitudes, surge la figura de Pedro I, el Grande (1689-1725) fundador del gran Imperio ruso, al que comenzó a modelar a la europea, atrayendo a su país, a su manera, progreso y artes. Pedro consumó el viejo Cisma; se reconfirmó Cabeza de la Iglesia, desposeyendo al Patriarcado e instituyendo un “Santo Sínodo” de reminiscencias luteranas, con Procurador dócil proponiendo al César el nombramiento de Obispos. Es la entronización del más típico Cesaro-papismo. Los viejos Emperadores de Oriente, y también Focio y Cerulario, hallaban — como compensación de ver a Bizancio hollada por los Turcos — un auténtico sucesor, en el nuevo César de Rusia. Desde entonces, comenzando por los elementales tratados de geografía de las Escuelas, se personificaban las Iglesias cismáticas de Oriente en la rusa, como la más poderosa o destacada.

Césaro-papismo. — Césares y déspotas de origen germánico

Sigue el engrandecimiento de Rusia con las grandes Emperatrices Isabel y Catalina. Es muy notable observar que, por un capricho en las sucesiones dinásticas familiares, esta última (Sofía de Anhalt de primer nombre y aun su esposo, por ella asesinado, Pedro de Holstein), eran alemanes. Desde entonces, por las venas de los Zares autócratas de todas las Rusias, corría sangre germánica: ¡qué paradoja! Y Rusia había de tomar — sintiéndose a ello inclinada — modelo para todo, de su vecina, la pequeña, audaz, sabia y violenta Prusia, su modelo en miniatura, en todo y por todo. Rusia había de ser el gigante que había de asimilar, dentro de lo posible en su vasta, compleja y aun salvaje extensión, las experiencias prusianas. No en vano su capital incluso, San Petersburgo, llevaba nombre alemán; no en vano

tampoco la tudesca nobleza báltica había de tener una tan grande influencia, europeizando, germanizando casi la mentalidad de Estado y, sobre todo, del Estado y del Ejército. Ya que no de la vieja nobleza, feudal, campesina, esteparia.

Y estos autócratas denuncian siempre su origen alemán, soñador a veces, histérico a menudo, místico en sus casos, brutal también. El “Padrecito Zar”, lejano e inabordable, mítica figura para el “moujik” agarrado a su terruño, no era, a menudo, más que un alemán colocado en el trono más vasto de la Tierra. Cabeza falsa, digna de compasión, de una Religión cristiana y contradictoria a la vez, pero no por esto Religión menos real y auténtica, válida, con sus Sacramentos, con su Gracia y, probablemente también, incluso con sus Santos. Dios no se arrepiente de sus dones, e, incluso bajo estos Césares, torpemente sometidos a ellos, degenerados en su dignidad y jerarquía, no por esto Obispos y Sacerdotes eran menos válidos, no por esto poseían menos el poder de perdonar los pecados y de hacer descender a Cristo bajo las especies del Pan y del Vino en la Santa Misa y no dejando por esto de comunicar su Espíritu y su Gracia, aun y dentro de esta gran rama cristiana desgajada de Pedro. Y he aquí una de las más trágicas grandezas, misteriosa, que registra la Historia: el misterio de las Iglesias Orientales y, por tanto, preferentemente, el de la mayor, la rusa. La Religión, la Gracia, seguían su curso, y aun desgajadas de la unidad de Pedro.

Péndulo despótico-liberal

Alejandro I, místico alternaba las ideas liberales del siglo con la conciencia de su “investidura divina”. Nicolás I, su sucesor, “alma de sub-oficial”, retronizó el despotismo más cerrado, llegando realmente al más verdadero y típico de los oscurantismos, oprimiendo a Polonia, y muriendo de dolor al verse derrotado por las potencias occidentales “liberales” (¿) en Crimea. Alejandro II representó, en este péndulo, una nueva oscilación hacia la izquierda: en su activo, esta vez apreciable, se halla la emancipación de los siervos, que aún subsistían como tales (1816). No obstante esto, se registra una nueva insurrección polaca, y nacimiento, con el desarrollo de la entonces llamada “intelligenza” (intelectualidad), el de todas las corrientes que debían conducir hacia la democracia y hacia los extremismos mayores, incluso al nihilismo. Alejandro III encarna, otra vez, el retorno al absolutismo; con él revive el “Knut” de los cosacos, los pogroms contra los judíos, y, sobre todo, una rusificación a ultranza, con opresión otra vez de las regiones católicas del Imperio, especialmente de la sufrida Polonia. Tampoco escapan las regiones más avanzadas, protestantes: Provincias Bálticas y Finlandia. Mas, entre tanto, al ritmo del progreso europeo, poco o mucho, promovido a veces por el mismo Zar, Rusia se industrializaba, y surgía, con ello, un proletariado en las concentraciones urbanas, abriéndose, quieras que no, a las

ideas exteriores, y provocandose cada vez más patente el conflicto espiritual interno, trágico en el alma rusa. Y así se llega, a fines de siglo, en plena "Belle Epoque", a la coronación del que había de ser el último en la cadena de los Zares, del bueno y débil Nicolás II, nuevo Luis XVI, que en su cabeza iba a sufrir la responsabilidad heredada de los errores de sus despóticos antecesores milenarios. Todo paralelamente al rey francés, que hubo de pagar las deudas centenarias desde los Capetos.

«La ciudad invisible de Kitege»

Y aquí sí que, en nuestro intento de ahondar el alma rusa, se nos perdonará recurramos al tópico, por cuanto su drama espiritual interno asoma visiblemente en sus admirables producciones artísticas, intelectuales, literarias y musicales.

Estamos en el acto de la gran ópera de Rimsky-Korsakoff, admirando la aparición de la ciudad santa de Kitege, visión casi mesiánica y símbolo del anhelo profundamente tremendo del alma rusa de asirse a una Iglesia redentora del pueblo trágicamente oprimido a la vez por hombres y por el destino.

Y allí — como en el "Boris" de Mousorgsky, como, pasando al tópico literario, en las páginas de Gogol o Dostoyewsky — asoma el fruto de este milenario conflicto al haber este gran pueblo sido la víctima propiciatoria del más aplastante ensayo cesaro-papista de la Historia: este algo de maniqueísmo que infecta el alma rusa (incluso cuando se llama incrédula), de esta alma, de otra parte tan exquisita y predestinada. Más vigorosamente aún, si cabe, que la Kundry wagneriana ante el Castillo de Parsifal, destaca aquí la sombra diabólica y atormentada de Kouterma, símbolo del mal.

No en vano, en estos bosques y estepas, una religión cristiana, *faltada precisamente de la Roca de Pedro*, había de verse afligida por todas las tendencias, por todas las influencias, y no en vano también el viejo y vecino dualismo persa — extrañamente adherido siempre a cismas y herejías —, saca a relucir sus demoníacas facetas en Rimsky y en Dostoyewsky.

Toda la degenerada Santa Rusia es una Ciudad invisible de Kitege, pero que no había de llegar a iluminarse. Y en su desesperación, el pueblo ruso buscó en ella — símbolo de sí mismo — el mesianismo que por desgracia no había encontrado en una Iglesia, válida sí, santa incluso en algunos de sus miembros, pero esclava, sujeta al despótico César, su falsa cabeza.

Al revés de los felices pueblos de Occidente, el ruso, y con él los orientales, jamás gozaron del hecho de que, encima de Césares y Reyes, la Iglesia proclamase la autoridad del Papa, del Padre común, Vicario de Dios. Y que este Papa había de detener muchas veces el brazo del tirano, armado del látigo, del "knut".

Por dicha razón, en Rusia, el conflicto entre el pueblo — personificado por aquella "intelligentzia" — y la Religión y la Iglesia fue tremendo e irreparable. Y estas últimas tenidas por "opio del pueblo", no sin una raíz de verdad. Y producto de todo: la Revolución. Fatal.

Tampoco aquí, el concepto de Patria o de Nación — cuyos orígenes y funestos resultados, a menudo paganos por desgracia, no nos hemos recatado en otros artículos de denunciar — podía actuar de almohada, de derivante, como ocurrió en Francia con su revolución, que halló en aquellas un aglutinante social. ¿Qué concepto común de Patria podía existir dentro del inmenso heterogéneo Imperio, entre las oprimidas y civilizadas Finlandia, Polonia, Provincias bálticas, los salvajes cosacos y tártaros, los lejanos cazadores de Siberia o los manchúes de Wladivostock? Evidentemente, la de Rusia fue la Revolución más típica, tremenda, clara y clásica lucha de clases por un lado, guerra de la Impiedad contra la Religión, allí incapaz y decadente, por otro. El resultado no podía ser dudoso.

Al revés de España, donde nuestros héroes sabían por quien morían — Dios en primerísimo lugar, y, a la debida distancia, por la Patria luego — los desgraciados "blancos" de Denikin, de Wrangel o de Koltchak, no representaban sino unos mercenarios, quizá bien intencionados y respetables, pero autómatas de la más vulgar reacción. De una reacción sin espíritu.

El resultado de la lucha estaba sentenciado desde el primer momento. La bandera roja venció.

(Continuará)

LUIS CREUS VIDAL

Juan Piera, S. A.

ALAMBRES Y DERIVADOS

TREFILERIA Y LAMINACION

DE ALAMBRE DE HIERRO Y ACEROS DE TODOS LOS PERFILES
Y PARA TODAS LAS APLICACIONES

Oficinas: Tenor Massini, 61 - Fábrica: Rosés, 10 al 24 - Teléfono 239 27 10 - BARCELONA